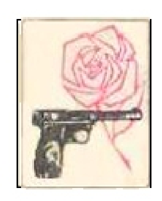


Brigitte EN ACCION

Lou Carrigan

Asesinos asesinados

En París asesinan a un agente de la CIA, y como siempre, Brigitte sale inmediatamente para esa ciudad, dispuesta, claro está, a vengar la muerte de este Simón cuyas actividades en la Ciudad Luz parecen no estar demasiado claras. Y en efecto, como era de esperar, se encuentra con una tremenda trama de altos vuelos, en la que están involucrados importantes personajes de la política actual.



Lou Carrigan

Asesinos asesinados

Brigitte en acción - 318

ePub r1.1
Titivillus 06.09.2017

Lou Carrigan, 1981
Diseño de cubierta: Benicio

Editor digital: Titivillus
ePub base r1.2



Brigitte
EN ACCION



Capítulo Primero

Miky Grogan, director del diario neoyorquino *Morning News*, dijo:

—Naturalmente, yo compraré los pavos.

—¿Los pavos? —Lo miró Frank Minello—. ¿Cuántos pavos?

—Los que hagan falta, claro está —replicó Grogan.

—¿Cien pavos? —propuso Frankie.

Se quedaron todos mirándole desconcertados, excepto Brigitte, que le dirigió una mirada de suspicacia. Si alguien conocía bien en este mundo pecador a Frank Minello, ese alguien era, sin duda alguna, Brigitte Montfort; y ese conocimiento la motivaba para mirar con suspicacia a su más querido amigo.

Los demás, simplemente, se desconcertaron, y bien claro quedó sentado esto en sus expresiones. Grogan miraba algo enfurruñado a Minello, mientras Charles Alan Pitzer, jefe del Sector New York de la CIA, y *Mister* Cavanagh, jefe absoluto del Grupo de Acción Mundial de la CIA, cambiaban una mirada de clásico desconcierto. Por su parte, Peggy, el ama de llaves de Brigitte, que estaba sirviendo champaña con guindas a los invitados de aquélla, contemplaba al simpático Frankie con la boca abierta.

El silencio se había hecho en el lugar de la reunión, el salón del apartamento de Brigitte, tras la sugerencia de Minello respecto a cien pavos.

—¿Cien pavos? —Gruñó por fin Miky Grogan—. ¿Para qué demonios queremos cien pavos?

—Pues para lo mismo que querríamos un pavo, o mil pavos: para comérnoslos, ¿no? —replicó Minello.

—¿Cómo vamos a comernos cien pavos? —Casi gritó Grogan, ya irritado con su empleado Minello, jefe de la Sección Deportiva del *Morning News*—. ¡Sólo vamos a ser ocho comensales el día de Navidad!

—O sea, que tocaríamos… a… a… ¡a ocho pavos y medio!

—Has contado mal, Frankie —intervino la suspicaz Brigitte Montfort, alias «Baby», espía de superlujo de la CIA y reina indiscutible del espionaje mundial—… Yo creo que tocaríamos a doce pavos y medio.

—Si lo dices tú, amor de mi vida, estrella guía de todas las constelaciones del universo, así debe de ser: ¡doce pavos y medio por comensal! ¡Zambomba, a eso llamo yo todo un banquete!

Con cierta desconfianza, Pitzer aventuró:

—A mí me parecen muchos pavos, Minello.

—¡Vaya quién ha hablado! ¡De manera que le ofrezco un día de abundancia, un día que no tendría que comer carroña, y todavía se pone a protestar! ¿Desde cuándo un buitre carroñero rechaza la posibilidad de llenar su panza de rico pavo tierno bien asado?

—No empecemos, ¿eh? —mascullló Pitzer—. ¡No empecemos, Minello! No he venido a casa de Brigitte para que usted se meta conmigo como siempre, sino para pasar un rato agradable. Y de paso, si ha surgido la conversación respecto al menú para el día de Navidad, pues bueno es el tema… ¡Así que no se meta conmigo!

—Eso —dijo Brigitte—: no te metas con tío Charlie, Frankie.

—¡Ah! —La señaló Minello con un dedote—. ¡Me odias!

—¡Qué tontería! —rechazó Brigitte—. ¡Claro que no te odio!

—¡Sí, me odias! Si no me odiases no te habrías puesto de parte del buitre carroñero.

—Yo no me he puesto de parte de nadie —negó Brigitte.

—¡Te has puesto de parte de él! ¡Y del ogro del *Morning News* —señaló a Grogan—, que quiere comerse cien pavos el día de Navidad!

—¿Yo? —Respingó Grogan—. ¡Yo no quiero comerme cien pavos!

—¿Cómo que no? Entonces, ¿por qué ha dicho que compremos cien pavos para el día de Navidad?

—¡Pero qué cien pavos…! —Enrojeció de ira Grogan—. ¡Yo no he dicho nada de cien pavos!

—¿Ah, no? Bueno: ¿quién se ha ofrecido a comprar los pavos?

—Esto… Bueno, claro, pero…

—¿Lo ves? —Miró Minello a Brigitte—. ¡Los dos se han puesto de acuerdo para matar cien pavos!

—¿Qué dos? —Respingó Pitzer.

—¡Usted y Grogan! —los señaló Minello.

—¡Yo no he dicho nada de cien pavos! —rechazó Pitzer—. ¡Ha sido Grogan el que ha ofrecido los pavos!

—¡Ah, traidor! —rugió Minello—. ¡No se podía esperar nada mejor de usted siendo un cochino espía! ¡Primero, provoca a Grogan para que ofrezca cien pavos, y cuando ve que las cosas se ponen feas, lo deja solo en la estacada! ¡Traidor miserable!

Mister Cavanagh y Peggy estaban turulatos por el giro que Minello estaba dando a la conversación sobre la comida para el próximo día de Navidad, casi a un mes vista.

Pitzer y Grogan parecían ahogarse en su propia ira, sin acertar a decir palabra. Por su parte, Brigitte había fruncido el ceño, y dijo:

—¿Sabes que has dicho una cosa que no me ha gustado nada, Frankie?

—¿Yo? ¿Yo he dicho algo que no te ha gustado a ti, reina de todos los paraísos? ¡Pues me haré el harakiri!

—¡Hombre! —explotó por fin Pitzer—. ¡Ésa sí que es una buena idea! ¡Yo traeré el cuchillo para…!

—¡Usted se calla! —Vociferó Minello—. Reina amada: ¿qué he dicho yo que te haya disgustado?

—Has dicho *cochino* espía. Y como yo también soy una espía resulta que acabas de llamarme *cochina*.

—¡Oh! —Gimió la rubita Peggy, botella de champaña en mano —. ¡Es cierto!

—¡Tú calla y ponme más champaña! —aulló Minello.

—La última copa del condenado —dijo Pitzer—. Luego, vaya a buscar un cuchillo a la cocina, Peggy… ¡Cielos, me encantará ver cómo Minello se hace el harakiri!

—¡Eso quisiera usted, para comerse mis tripas, como buen buitre carroñero que es! —tronó la voz de Minello—. ¡Pero se va a quedar con las ganas, porque no pienso hacerme el harakiri!

—Pues has dicho que te lo harías —recordó Brigitte—. Y eso es lo menos que puedo esperar de ti después de haberme llamado *cochina*.

—¡No me refería a ti cuando he dicho eso de *cochino* espía! ¡Me refería a él, al buitre carroñero!

—A mí me parece —intervino reposadamente *Mr.* Cavanagh— que estábamos hablando de pavos, no de espías.

—¡Ajá! —lo señaló Minello—. ¡De modo que a usted también le gustaría comerse cien pavos!

—¿A mí? No, no. Yo sólo decía…

—¡No puede negarlo ahora! Brigitte: ¿verdad que él ha hablado de pavos?

—Tengo que admitir que sí —casi rió Brigitte.

—Bueno, pero lo que yo quería decir… —comenzó Cavanagh.

—¡Usted, como todos los demás, es un carnicero! ¡Sólo a unos carniceros se les ocurre matar cien pavos!

Brigitte ya no pudo evitar la carcajada. Luego, amenazó graciosamente a Minello con un dedito.

—Está bien, Frankie: ¿cuál es el truco?

—¿Truco? ¿Qué truco?

—Cuando empiezas a desvariar de ese modo y casi nos vuelves locos a todos con tus ocurrencias, es que estás tramando algo… ¿De qué se trata esta vez?

—Se trata de que no quiero comerme cien pavos —refunfuño Minello.

—De acuerdo. No te comerás cien pavos. Entonces… ¿qué sugieres?

—Detesto el pavo. ¡Estoy hasta las narices de pavo de Navidad! Yo creo que podríamos comer otra cosa.

—¿Qué cosa, por ejemplo?

—Pues no sé… Una comida sencillita. A fin de cuentas, cuando se reúnen unos buenos amigos poco importa lo que se coma, ¿no es cierto?

—Certísimo. ¿Qué podríamos comer?

—No sé… Emparedados de lechuga y huevo duro, quizás.

—Con tomate —sugirió Brigitte.

—¡Oh, sí! ¡Con tomate, desde luego!

—¿Y podríamos beber un poquito de champaña? —Pareció suplicar Brigitte.

—Ah, sí, sí… Eso es: emparedados de lechuga, huevo duro y tomate, con champaña.

—Es un menú idiota —farfulló Grogan.

—¡No señor! ¡No es un menú idiota! ¡Es un menú sano, agradable, y barato! ¡Y así, como nos ahorraríamos el dinero de los cien pavos, podríamos regalárselo a quienes no tendrán pavo si

nosotros…!

Se calló de pronto. Todos lo miraban sin comprender, menos Brigitte, que sonrió de nuevo.

—Vamos a ver, Frankie: ¿tú conoces a alguien que estas Navidades esté en peligro de quedarse sin pavo?

—Zambomba, ahora que lo preguntas… Pues sí. Mira, precisamente, voy a un par de escuelas a dar clases de gimnasia a unos chavales la mar de simpáticos que no creo que puedan tener pavo estas Navidades.

—Ah. Y a ti se te ha ocurrido que si nosotros ahorramos el dinero de los cien pavos, podríamos regalárselo a esos muchachos, para que ellos sí tuviesen pavo.

—Bueno… Nosotros siempre hemos comido pavo por Navidad, ¿no es cierto?

—Es cierto. Y ellos no.

—Exacto: ellos no.

—Bueno —reflexionó Brigitte—, se me ocurre que podríamos solucionar eso, Frankie. Vamos a ver… Nosotros podríamos conformarnos con un par de pavos, por ejemplo, y el resto del dinero que nos ahorramos al no comprar cien pavos, podríamos llevárselo a esos chicos. ¿Qué te parece?

—¡Zambomba, qué buena idea! ¡A mí jamás se me habría ocurrido, Brigitte!

—¿Te parece bien que te extienda un cheque para tus muchachitos?

—Oh, sí… ¡Estupendo!

Charles Alan Pitzer salió por fin de su pasmo:

—¡Nos ha metido en todo este lío de los cien pavos sólo para pedirnos dinero para sus amigotes! —exclamó.

—Maldita sea tu estampa, Frank —farfulló Grogan—… ¿Es que no sabes hacer las cosas de modo juicioso? ¡Habría bastado que nos hubieses pedido una cantidad para tus muchachos, y asunto terminado!

—Es que me daba vergüenza —murmuró Frankie.

Pitzer soltó un bufido, y Brigitte se echó a reír. ¡Era el chiste del día, desde luego! La suposición de que Minello tuviese vergüenza por algo era de lo más gracioso.

—Bueno —dijo Brigitte, entre risas—, yo te extenderé dos

cheques, uno por mí y otro por Uno. ¿Qué cantidad te parece bien?

—Pues… cada cual, según sus posibilidades. Yo, como soy rico hace tiempo gracias a ti, que me diste dinero del que estafaste a la CIA, ya tengo mi cheque firmado…

—¿Cómo? —exclamó Cavanagh—. ¿Brigitte estafó dinero a la CIA?

—Ay… Ay, mi madre —gimió Minello—… ¡Ya la he vuelto a liar!

—Eso le pasa por tener la boca más grande que los pies —masculló Pitzer—… No tengo aquí mi talonario, de modo que le enviaré el cheque.

—Lo mismo digo —masculló Grogan.

—Bueno, bueno —se frotó las manos Minello—… ¡Mientras todos coticen…!

El teléfono sonó justo en aquel instante, y su timbrazo pareció volver a la realidad a la estupefacta Peggy. Dejó la botella de champaña sobre la mesita, y fue a atender la llamada. Hecho esto, se volvió hacia Pitzer.

—Es para usted, señor Pitzer.

Un tanto sorprendido, Pitzer acudió a hacerse cargo de la llamada.

—¿Sí?

—¿…?

—Sí —la mirada de Pitzer fue hacia Cavanagh—… Está aquí.

— …

—Bien. —Pitzer pareció enfriarse de pronto—… Se lo diré. ¿Tenemos detalles?

— …

—De acuerdo.

Colgó, fue a sentarse a su sillón, y bebió un sorbito de champaña. Estaba pálido. Las miradas de todos estaban fijas en él. No se oía en el salón ni siquiera una respiración.

—¿Qué? —masculló de pronto Minello—. ¿Secreto de Estado?

Pitzer dirigió una mirada de reojo a Brigitte, pero enseguida se dirigió directamente a Cavanagh, murmurando:

—Era Simón, desde la floristería. Han llamado de la Central solicitando que le localicemos a usted en Nueva York y le pasemos un recado.

—¿Cuál es el recado? —susurró Cavanagh.

—En París, esta madrugada, han asesinado a uno de los nuestros, al agente Winslow Carnap. No hay más detalles, por ahora; sólo han tenido tiempo de enviar el comunicado.

El silencio fue de nuevo dueño y señor de la reunión, mientras todos miraban ahora abiertamente a Brigitte, cuya leve palidez nadie dejó de notar.

La primera reacción de la divina espía sorprendió a todos:

—¿Quieres traerme mi talonario de cheques, Peggy, por favor?

El ama de llaves tragó saliva, asintió, y fue hacia el despacho privado de Brigitte. Cuando regresó, persistía el silencio. Brigitte extendió dos cheques, los arrancó, y los tendió a Minello, que los tomó con cierto titubeo.

—Como te he dicho —explicó Brigitte—, uno es mío, y otro a cuenta de Número Uno.

—Sí… Ya, ya. Claro.

—Espero que sea suficiente. Peggy, consígueme un pasaje para el primer vuelo a París.

Esta reacción fue la que no sorprendió en absoluto a nadie de los presentes. En París había sido asesinado un agente de la CIA, un Simón. Por lo tanto, la agente Baby iba a París.

Lógico.

Capítulo II

En el aeropuerto de Orly el frío era espantoso, mucho más intenso del que correspondía al mes de noviembre, debido a una ola de frío polar que se estaba extendiendo por el viejo continente. Pero esto no fue problema digno de mención para la señorita Montfort a su llegada, procedente de Nueva York. En primer lugar, porque llevaba un precioso abrigo de pieles suficiente para conservar cálido su bellísimo cuerpo. En segundo lugar porque apenas hubo cumplido los rutinarios trámites de llegada, dos hombres acudieron a su encuentro, y la condujeron rápidamente al estacionamiento, donde otro hombre esperaba al volante de un modernísimo Mercedes cuya calefacción era más que satisfactoria.

Uno de los hombres que habían recibido a la señorita Montfort se instaló junto al conductor, y el otro se sentó en el asiento de atrás, junto a Brigitte. El coche partió en el acto hacia París.

El hombre que se había sentado junto a Brigitte le ofreció un cigarrillo, y la espía lo aceptó. Ya expeliendo el humo, preguntó:

—¿Y bien?

—Hemos enviado un informe preliminar a la Central —musitó Simón-París—... La respuesta fue que usted estaba ya en camino y que debíamos venir a esperarla.

—Gracias. ¿Dónde está el cadáver de Sim... de Winslow Carnap?

Los tres agentes de la CIA comprendieron. Ya no hacía falta encubrir el nombre de Carnap con el de Simón, genérico para todos los agentes de la CIA que colaboraban con Baby. Muerto el espía, eran inútiles las precauciones. O cuando menos, innecesarias.

—En nuestra embajada, esta vez —replicó Simón—... Carnap estaba adscrito a ella.

—¿El clásico diplomático-espía?

—Así es. Sólo esperamos que usted lo vea para terminar los preparativos de su envío a casa.

—No quiero verlo…, a menos que sea necesario.

—No lo es. Comprendemos su actitud. Y de todos modos, si más adelante usted precisara conocer a Carnap, podríamos enseñarle fotografías en abundancia.

—Eso bastará, espero. Bien, por la actitud de ustedes entiendo que todavía no han encontrado al asesino.

—No va a ser fácil. En mi opinión, toda esta investigación va a resultar complicada y comprometida en exceso. ¿Ha sido usted informada de las otras tres muertes?

Brigitte Montfort palideció intensamente.

—¿Han matado a otros tres Simones? —Casi gritó.

—No, no —palideció a su vez Simón-París al comprender el susto que acababa de proporcionarle a Baby—… Cielos, no. Pero ha habido otras tres muertes, junto con la de Carnap: en realidad, los cuatro cadáveres fueron hallados al mismo tiempo, juntos. Fue una escena… horripilante: los cuatro estaban acribillados a balazos, en un pequeño chalé de Montreuil, en la periferia de París.

—¿Quiénes eran los otros tres?

—Alí Mossdegh, Ciro Almanin y Jerje Ed-Din.

Brigitte se quedó mirando asombrada a Simón a través del humo del cigarrillo.

Por fin, parpadeó y preguntó:

—¿Eran iraníes?

—O persas, como prefiera llamarlos. Eran tres importantes personajes de los más allegados al *Sha* Mohamed Rehza Pahlevi.

—¿Y qué hacían en París?

—Bueno, al parecer, tenían una cita, precisamente con nuestro compañero.

—¿Con la CIA?

—No, no. Le aseguro que oficialmente la CIA no sabía nada de esto.

—Pero… ¿qué está usted diciendo? Tres importantes amigos del *Sha* de Persia vienen a París a entrevistarse con un agente de la CIA…, ¿y usted no sabe nada de eso? Aclaremos un punto: ¿es usted o no es usted el jefe de la Zona de París?

—Lo soy. Pero no sabía nada de todo eso.

—Lo que significa que Winslow Carnap concertó esa cita con los tres iraníes por su cuenta… ¿Es así?

—Así parece. Y no me pregunte por qué, ya que no podría darle ninguna respuesta. Ni yo, ni ninguno de nuestros compañeros de la Zona sabíamos nada. Winslow Carnap no comentó nada con nadie, hacía su labor habitual, simplemente. Y de pronto, es hallado asesinado junto con esos tres iraníes en el chalé de Montreuil.

—¿Quién encontró los cadáveres? Lo pregunto porque si usted no sabía nada sobre esa reunión, no creo que fuese casualmente a ese chalé de Montreuil, ¿verdad?

—Claro que no. Los cadáveres fueron hallados por Nasir Razman, otro iraní, que debía reunirse con los tres que tenían la cita con Carnap. Cuando Razman llegó al chalé, se encontró con los cuatro cadáveres. Inmediatamente, nos llamó a nosotros.

—Los llamó a ustedes. —Brigitte no salía de su asombro—... ¿Qué quiere decir que *los llamó*? ¿Lo llamó a usted por teléfono, o a cualquier otro compañero de la CIA?

—No, no. Llamó a nuestra embajada, y dijo que era urgente que el jefe de la CIA en París se pusiera en contacto con él. Dejó un número de teléfono, al que yo le llamé en cuanto me avisaron. Claro está, le dijeron a Razman que él estaba llamando a la embajada de los Estados Unidos de América, no a la CIA. Razman dijo que sí, que muy bien, pero que *intentasen* localizar a algún jefe de la CIA en París para informarle de que uno de sus hombres había sido asesinado. Como usted comprenderá, en cuanto en la embajada oyeron esto pasaron el asunto a mis manos.

—Y usted llamó a Razman al número que él le había indicado por medio de nuestra embajada.

—Así es. El número corresponde al chalé de Montreuil. Me dio las señas, fui allá con un par de muchachos, y nos encontramos la masacre.

—Bien... En ese caso, puesto que usted hizo contacto con Razman, cabría esperar que éste le hubiese puesto en antecedentes de lo que estaba ocurriendo... ¿No?

—No. Razman había sido enviado en pos de los otros tres iraníes a fin de que se encargara de la parte... especialista del asunto.

—¿De la parte especialista? ¿A qué especialidad se está refiriendo usted, Simón?

—Bueno, entendemos todos que los tres iraníes muertos no eran precisamente expertos en espionaje, aunque sí ocupaban altos

cargos políticos en Irán. Al parecer, primero los enviaron a ellos, pero tras meditarlo, en Teherán llegaron a la conclusión de que, para tratar cualquier… negocio con un agente de la CIA sería conveniente que los tres enviados contasen con un… asesor especialista.

—Veamos, veamos… ¿Quiere decir que, en definitiva, Nasir Razman es un agente secreto de Irán?

—Él no lo ha dicho de ese modo; se define como «especialista» en relaciones secretas. Pero nosotros entendemos muy bien lo que quiere decir, ¿no?

—Especialista en relaciones secretas… Chocante. Debe de ser un tipo de lo más curioso.

Simón-París encogió los hombros.

—Está muy enfadado con nosotros.

—¿Con nosotros?

—Con la CIA —aclaró escrupulosamente Simón—. Eso de que un agente nuestro cite a tres personajes de Irán, y acto seguido los encuentren muertos, no le ha gustado nada.

—Eso lo comprendo muy bien. Pero tampoco a nosotros nos ha gustado nada que hayan asesinado a Carnap, ¿no es cierto?

—No. No nos ha gustado. Pero nos lo tomamos con más calma. Al menos, aparentemente. En cambio, Nasir Razman está exigiendo explicaciones.

—¿Exigiendo? Vaya, qué interesante… ¿Qué explicaciones le han facilitado ustedes?

—No tenemos explicaciones que facilitar a nadie. Le hemos dicho lo mismo que a usted: que no sabemos nada, que ignorábamos que Carnap hubiese citado en París a esos tres hombres asesinados. Eso parece disgustarle todavía más. Por supuesto, él piensa que estamos mintiendo.

—¿Con qué objeto estaríamos mintiendo?

—Eso es lo que él quiere saber. La noticia del triple asesinato ha llegado a Irán, claro está, y parece que ha excitado no poco los ánimos. Como usted sabe, tenemos un buen contingente de hombres en Irán, y concretamente, en Teherán. Así las cosas, si la CIA hubiese tenido algo que proponer a esos tres iraníes asesinados, cabe pensar que no tenía por qué citarlos en París: podría haber efectuado contacto con ellos allí mismo, en Teherán. Sin embargo,

no ha sido así, eso es indiscutible.

—¿Qué dicen nuestros compañeros destinados en Teherán?

—Dicen que no tenían la menor noticia al respecto de ese viaje de los tres iraníes a París, y que si la CIA hubiese querido llevar a cabo alguna negociación con ellos podría haberlo hecho con toda comodidad y seguridad en Teherán, como acabo de decirle.

—Vamos a ver… ¿De dónde hemos sacado nosotros eso de que un agente de la CIA citó a esos tres iraníes en París?

—Nos lo ha dicho Nasir Razman.

—¿Y de dónde lo ha sacado él?

Simón-París se pasó la lengua por los labios.

—Nasir Razman fue quien aceptó el ofrecimiento de Winslow Carnap para esta reunión… Mejor dicho, Nasir Razman recibió la propuesta de Carnap, y la pasó al general iraní Amir Missad. Tras algunas dudas y deliberaciones, parece ser que el general Missad aceptó la propuesta de Carnap, y le dijo a Razman que concertara una entrevista secreta con Carnap y unos enviados que llegarían algunos días más tarde a París. Finalmente, el general Missad envió a esos tres hombres, éstos se instalaron en el chalé de Montreuil, y, evidentemente, llamaron a Carnap, quien acudió al chalé. Cuando Razman llegó, encontró a los cuatro ya fríos.

—Según todo eso, Carnap y Razman se conocían, estuvieron negociando todo eso.

—Así parece.

—Es decir, que Razman hace tiempo que está en París…

—No, no. Razman dice que la relación entre él y Carnap se llevó a cabo en Teherán, hace un par de meses.

—¿Estuvo Winslow Carnap en Teherán hace dos meses?

—Sí. Fue allá por motivos aparentemente diplomáticos.

—Vaya… Eso significa que Nasir Razman bien puede estar diciéndonos la verdad.

—Lo contrario no tendría sentido, dadas todas las circunstancias actuales de Irán y nuestras relaciones con el *Sha*.

Brigitte Montfort asintió, y quedó pensativa. ¿Relaciones con el *Sha* de Persia o Irán? Indudablemente, tanto británicos como norteamericanos tenían muy buenas relaciones con el *Sha*, habida cuenta de los grandes intereses petrolíferos de ambos países en Irán. Tanto al *Sha* como a norteamericanos y británicos les convenía ese

buen entendimiento. Al primero, por el apoyo que representaba la amistad con la dos grandes potencias; y a éstas, por el petróleo, simplemente.

En la actualidad, las cosas no estaban muy bien para el *Sha*, sin embargo, sobre todo, a raíz de la masacre llevada a cabo en su país por el Ejército. La rebelión popular era conocida en todo el mundo: los iraníes querían que el *Sha* abandonase el poder, y que de ser un país imperialista, Irán pasase a ser una auténtica democracia. Pero el *Sha* Rehza Pahlevi no parecía tener intenciones de abandonar su dictatorial poder, y lo que ofrecía era abdicar en su hijo, bajo cuyo imperial reinado podrían iniciarse conversaciones que condujesen a la democracia al país iraní. El pueblo decía que no, que nada de eso, que ya estaban hartos de emperadores, que se marchasen…, y el *Sha* no quería marcharse. Y allí estaba, apoyado por el Ejército, y, mucho más discretamente, por sus amigos británicos y norteamericanos; muy, muy discretamente, porque Rusia vigilaba. Aparentemente, no se metía en nada, pero vigilaba, y advertía bien claramente que no toleraría la ingerencia directa de nadie en los asuntos internos de Irán, pues no quería complicaciones en un país con el cual tenía fronteras.

Así pues la situación se mantenía estacionaria, unos pidiendo y el otro negando.

Mientras tanto, el pueblo iraní se agrupaba en torno a sus líderes religiosos que encabezaban visiblemente las peticiones del pueblo. Esos líderes eran los *ayatollah* Golepayegani, Shariat Madari, y Najfi, los cuales, a su vez, atendían las directrices del gran y supremo dirigente religioso de Irán, el también *ayatotlah* llamado Jomeini, que se hallaba en la actualidad exiliado… en París.

En París.

Brigitte preguntó, de pronto:

—¿Podríamos concertar una cita con Nasir Razman?

—Desde luego —asintió en el acto Simón—. A él le gustará mucho saber que la CIA ha enviado a su más importante agente para darle explicaciones.

—Gracias por lo de «más importante» —casi sonrió la agente Baby—… Pero me temo que no pienso darle explicaciones a nuestro… colega especialista el señor Razman. Más bien, voy a pedírselas.

El pasmo cundió en los tres agentes de la CIA que viajaban en el coche, ya muy próximo a París.

—¿Va usted a pedirle explicaciones? —exclamó Simón.

—Eso he dicho.

—Pero… ¿qué explicaciones?

—Puesto que estará usted presente en la entrevista, ya las escuchará. No creo haber dicho ninguna barbaridad, por otro lado, ya que también a nosotros nos han matado a un compañero, ¿no? Puestos a pensar jugadas sucias, nosotros también tenemos derecho a ello, ¿no está de acuerdo?

—Pues… ¡Qué demonios, claro que sí!

—Celebro que esté de acuerdo. ¿Razman está instalado en el chalé de Montreuil?

—No, no… Está en un hotel, como un ciudadano cualquiera.

—Es lo que es, a fin de cuentas —dijo secamente Brigitte—, ya que no admite formar parte del servicio de espionaje de su país y se presenta como un «especialista». ¿Por qué no está en el chalé?

—¡Caramba! —exclamó Simón—. ¡Teme que lo maten también a él, claro está!

—Ah. Muy prudente. Pero no creo que quienes asesinaron a Carnap y a los tres iraníes vuelvan por ese chalé.

—Seguramente no lo harán. Pero podrían tener esa idea.

—Sería muy interesante —parecieron congelarse los ojos de la más implacable espía del mundo—… Hablemos de los asesinos. Y digo asesinos porque no parece razonable pensar que esa matanza la haya llevado a cabo un solo hombre, ¿verdad?

—Fueron tres.

—¿Tres? ¿Cómo sabemos eso?

—Por las balas que han sido retiradas de los cadáveres: fueron utilizadas tres pistolas. En estos momentos se están clasificando las balas, y pronto podremos saber algo concreto. Si es necesario, hemos pensado pedir la colaboración de los archivos balísticos de la Interpol, y claro está, del MI6 y del SDECE. También se procedió a obtener huellas digitales y otra clase de datos en el chalé. Tenemos todo un equipo trabajando en eso, pero es demasiado pronto para haber obtenido datos que puedan ayudarnos con la eficacia que desearíamos.

—Entiendo. Bueno, será mejor que nos ocupemos de esa cita con

Razman… A mí me gustaría que nos encontrásemos en el chalé de Montreuil. ¿Puede ser?

—A él no va a gustarle.

—Bueno, si se muestra muy intransigente concretaremos la cita en otro lugar…, pero a mí me gustaría mucho que fuese en el chalé, porque tengo interés en echar un vistazo allí, y de este modo ahorraría tiempo.

—Haré lo posible por convencerle. —Simón se dirigió al agente de la CIA que conducía el coche—… Para junto al primer teléfono que encontremos.

Entraban en París pocos minutos más tarde, y muy pronto el coche se detenía cerca de una cabina telefónica. Desde el confortable asiento del Mercedes, Brigitte estuvo viendo a Simón-París dentro de la cabina, conversando, insistiendo… Por fin, colgó, y, por su expresión, Brigitte comprendió que su compañero lo había conseguido.

Así era, en efecto. Apenas Simón-París se hubo sentado de nuevo junto a Baby, dijo:

—A las ocho de la noche en el chalé. ¿Está bien?

—Por supuesto. Tengo ganas de conocer a ese… especialista.

Capítulo III

Era un bonito chalé, sito en las afueras de Montreuil, localidad prácticamente absorbida por París. Constaba de tres dormitorios, dos cuartos de baño, cocina con despensa, y un magnífico y amplio comedor-salón con ventanales, los cuales estaban completamente cerrados en aquellos momentos.

El propietario del chalé era un francés por el que Baby no sintió el menor interés en ningún sentido. El hombre, simplemente, se dedicaba a alquilarlo; vivía en París, y en aquellos momentos debía de estar tan tranquilo, sin tener la más remota idea de lo que allí había sucedido, ya que, por supuesto, nadie le había informado. Tampoco la policía francesa tenía noticias del cuádruple asesinato, por el momento, puesto que entre Simón-París y Nasir Razman habían hecho las cosas del modo más sigiloso, recurriendo a sus respectivas conexiones diplomáticas, que esperaban en tensión el momento de poder dar una explicación oficial que les permitiera proceder a los trámites habituales. En cuanto a quién había alquilado el chalé, Simón poseía esta información: lo había hecho un diplomático iraní siguiendo instrucciones llegadas de Teherán. Y ya está.

Ahora bien, para Baby había algo evidente: en alguna parte había habido traición, o quizá sólo una imprudente fuga de información respecto al chalé y sus futuros ocupantes. En cuanto al interior del chalé, que la espía recorrió mientras esperaba la llegada de Razman, no había nada que pareciera especialmente digno de atención. Habría que esperar los resultados del levantamiento de huellas, informes de balística…

—Me parece que ahí llega —dijo Simón, de pronto.

Brigitte, que hacía ya segundos que estaba oyendo la llegada de un automóvil, se limitó a asentir, y continuó fumando. Oyeron poco después el chasquido de una portezuela al ser cerrada, y a los pocos

segundos la puerta se abrió. Se oyeron los pasos de dos hombres acercándose al salón, y Brigitte volvió la cabeza hacia la entrada. Uno de los hombres era uno de los Simones de la Zona de París. El otro, naturalmente, sólo podía ser Nasir Razman.

Durante un instante, Razman y Baby cambiaron una impávida mirada; impávida sólo en apariencia, ya que cada uno intentó valorar al otro en aquel primer vistazo.

Lo que Baby vio fue un hombre de mediana estatura, bien vestido, de unos cuarenta años. Ojos negrísimos, cabellos no menos negros y densamente rizados; boca grande, de labios gruesos, sensuales; barbilla recia, de un tono intensamente azulado por la fortísima barba, pulcramente afeitada… Era un rostro inteligente, de rasgos amables en general, pero donde estaba la verdadera personalidad de Nasir Razman era en los ojos grandes y de mirada directa y profunda, inquisitiva.

Por su parte, Razman vio a una muchacha de cabellos rubios y ojos verdes cuyo cuerpo era sencillamente escultural, increíblemente hermoso y bien proporcionado. Ella se puso en pie, y cuando Razman se detuvo ante la hermosísima rubia frunció el ceño al comprobar que su estatura era inferior a la de ella.

—El señor Razman —murmuró Simón—… la agente Baby.

—Es un placer —murmuró Razman, en perfecto inglés.

—¿Cómo está usted? —Sonrió prietamente Brigitte—. Espero que perdone mi insistencia en encontrarnos aquí.

—Ya no importa, puesto que aquí estamos.

—Es cierto… ¿No quiere sentarse?

Se sentó ella. Nasir Razman ocupó otro sillón, quedando frente a frente con la espía norteamericana, a la que escrutaba con mal disimulado interés. La espía sonrió.

—Espero, señor Razman, que no cometerá usted el error, tan frecuente en los hombres, de menospreciarme por ser sólo una mujer.

—Tengo entendido —replicó Razman— que dondequiera que usted se disponga a trabajar, todos los elementos técnicos y humanos de la CIA quedan bajo sus órdenes inmediatamente. ¿Es cierto?

—Sí.

—En ese caso, puesto que conozco bastante bien a la CIA, debo

pensar que usted vale el mando que le otorgan.

—Muy amable. Bien, puesto que sin duda los dos tenemos muchas cosas que hacer, propongo que pasemos directamente al asunto. ¿Por dónde le parece que empecemos?

—Tengo perfectamente pensada una sugerencia al respecto.

—Ah, magnífico. Le escucho, señor Razman.

—Me gustaría recibir una explicación respecto a todo este tinglado organizado por la CIA.

—¿Cuál tinglado? —Alzó las cejas la hermosa rubia.

—Hacer venir a tres hombres muy importantes de mi país a París…, donde han sido asesinados.

Los resplandecientes ojos de la rubia mostraron una chispa de hostilidad.

—Según yo entiendo, señor Razman, usted parece creer que la CIA ha tenido algo que ver con esto. Sin embargo, ya se le ha explicado que no es así: fuese lo que fuese lo que nuestro compañero Carnap le hubiese ofrecido a usted, lo hizo por su cuenta, no por cuenta u órdenes de la CIA.

—Eso es absurdo. Considerando la…

—¿Absurdo? Bueno, le expondré la situación desde mi punto de vista, que no sólo puede ser tan bueno como el de usted, sino que, generalmente, es acertado. Hay en todo esto un hecho cierto: alguien sabía que sus tres compatriotas iban a venir a este chalé a entrevistarse con un agente de la CIA, los esperaron a los cuatro, y los asesinaron. ¿Cierto?

—Sí. Yo creo…

—Espere un momento, tenga la bondad. ¿Ha reflexionado usted respecto al canal informativo que utilizaron los asesinos? Lo que pregunto es: ¿cómo supieron ellos que habría aquí una reunión? Desde luego, la CIA no les informó, porque yo insisto en que nada sabía. Quien lo sabía, de nuestro lado, era únicamente Winslow Carnap. Y no vamos a pensar que él mismo delató la reunión y preparó su propio asesinato, ¿verdad?

Simón-París comenzó a mirar irónicamente a Razman, el cual había fruncido sus espesas cejas, mientras gruñía:

—¿Qué quiere usted decir?

—Quiero decir que nadie pudo saber nada de la reunión por medio de Carnap. Entonces, sólo queda el lado de ustedes…

—¡Un momento! ¡Si usted…!

—Le ruego que tenga la cortesía de escucharme —le interrumpió a su vez Brigitte—, porque de otro modo no vamos a llegar a ninguna conclusión. Yo le voy a exponer a usted las mías, y luego, con mucho gusto y cortesía, escucharé las de usted. ¿Le parece bien?

—De acuerdo —mascculló Razman.

—Muy agradecida. Como le decía, nadie pudo saber lo de esta reunión por medio de Carnap, ya que eso habría significado que mi compañero habría facilitado su propio asesinato. En cambio, por el lado de ustedes, las fugas informativas han podido producirse por muchos canales: el empleado de su embajada que alquiló el chalé, usted mismo, alguien de Teherán, alguien de la embajada de aquí… Espero que admita usted lo razonable de mi teoría, señor Razman. Y no vuelva a insistir sobre la intervención de la CIA, en general, porque si hace eso la entrevista ha terminado ahora mismo. ¿Está claro?

—Pero… ¡usted me está pidiendo explicaciones a mí!

—Naturalmente.

—¡Es absurdo! Considerando la labor que mis tres compatriotas debían realizar aquí apoyados por Carnap, no puedo admitir que la CIA no estuviese enterada.

—¿Quiere decir, señor Razman, que usted sabe a qué vinieron sus tres compatriotas a París?

—Sí… Eso quiero decir.

La rubia alzó las cejas, y miró a Simón-París, que había enrojecido de ira. Luego, miró de nuevo a Razman.

—A mi llegada a Orly, señor Razman —dijo la rubia—, se me ha dicho que usted había negado saber a qué habían venido sus compatriotas a París, salvo a entrevistarse con Winslow Carnap. ¿Debo entender que mi compañero de la CIA, jefe de la Zona de París, me ha mentido?

—Bueno… No. No, no.

—¿Entonces…?

—Es cierto que le dije a él —miró a Simón— que no sabía nada, pero fue porque estaba irritado.

—¿Irritado?

—Me pareció que él lo sabía perfectamente, y que me quería

tomar el pelo —gruñó el iraní.

—Pues se equivocó usted, ya que mi compañero no sabía nada de todo eso, ni nada de lo que Carnap hubiese preparado convenido con sus tres compatriotas. Y ello, señor Razman, porque nadie de la CIA, salvo el propio Carnap, sabía nada del asunto. Espero que usted nos saque de nuestra ignorancia: ¿cuál era el asunto que estaban ustedes tratando con Carnap?

—Le aseguro… Bueno, cuando él estuvo en Teherán todo dio a entender que no era cosa suya, sino de la CIA.

—Pues no. De todos modos, ustedes quizá debieron recurrir a otros contactos para asegurarse de eso, ¿no le parece?

—Él nos dijo que no debíamos comentarlo con nadie en Teherán, que la jugada era demasiado importante. Debíamos…, bueno, yo debía recurrir a alguien de confianza cerca del *Sha*, y hacerle la propuesta. Yo… Me pareció que el general Missad era la persona adecuada, así que lo traté con él. Finalmente, el general Missad aceptó, esperamos el momento oportuno, y enviamos a nuestros tres representantes… Ni por un momento sospechamos que podía ser cosa particular de Carnap. El asunto era demasiado importante.

—Quizá podríamos valorarlo juntos si, finalmente, fuese usted tan amable de decirnos cuál es ese asunto.

—Bien… Carnap nos dijo…, me dijo a mí, en primer lugar, que él podía ponernos en contacto con Jomeini.

—¿El líder religioso iraní que según las últimas noticias está exiliado aquí, en París?

—Claro.

—Según yo entiendo, el señor Jomeini, así como sus tres… máximos representantes en Irán, los señores Madari, Golepayegani y Najfi, son enemigos del *Sha*. Y así las cosas… ¿usted me dice que el señor Jomeini iba a aceptar una entrevista con enviados del *Sha*?

—Sí. Aunque quisiera puntualizar que Almanin, Mossdegh y Ed-Din no eran propiamente enviados del *Sha*, sino del general Missad. De todos modos, claro está, mis tres compatriotas asesinados eran partidarios del *Sha*, como lo es el general Missad.

—Entiendo. Y en resumen, podemos decir que Carnap iba a poner en contacto a Jomeini, enemigo del *Sha*, con partidarios del *Sha*. ¿Correcto?

—Eso es exactamente lo que me ofreció Carnap.

—¿Y qué me dice del señor Jomeini? ¿Debo entender que él se había relacionado con Carnap?

—Evidentemente, Carnap no habría podido hacerme esta oferta si no hubiese contado con la aprobación de Jomeini. Es más: según entendí, era el propio Jomeini quien recurrió a Carnap para que le pusiera en contacto con partidarios del *Sha*.

—¿Con qué objeto?

—Parece claro que Jomeini está dispuesto a llegar a un acuerdo, así que recurrió a un agente norteamericano para que gestionase el contacto.

—Eso significaría que el señor Jomeini está dispuesto a traicionar a sus tres amigos de Teherán, los señores Golepayegani, Najfi y Madari…, y por consiguiente, a todo el pueblo iraní que hasta ahora ha estado confiando en él, y que lo tiene como el gran líder de la revolución popular y democrática.

Razman parpadeó, como perplejo, y luego frunció el ceño.

—Eso es lo que parece evidente, sí.

—¿Y por qué para hacer una cosa así no recurrió el señor Jomeini a la CIA, en lugar de recurrir… clandestinamente a sólo un hombre de ésta, y de un modo particular?

—Usted sabe que los rusos vigilan a Jomeini, de modo que éste debió de encontrar posibilidad de contacto privado con Carnap, cosa que no podía conseguir con hombres de otro nivel de la misma CIA. Quizás algún amigo íntimo de Jomeini recibió el encargo de éste de buscar a alguien de la CIA, y ese amigo íntimo abordó a Carnap considerando más fácil el contacto con él que con agentes más importantes e incluso conocidos de los rusos.

—Quizá —murmuró la rubia; acto seguido movió la cabeza con un gesto amable—… Vaya, ya tenemos a los rusos en funciones, en ese caso. ¿Por qué casi siempre han de aparecer ellos en las cuestiones importantes?

—No entiendo bien lo que quiere decir —se desconcertó el iraní.

—Quiero decir que cabe la posibilidad de que los rusos se enterasen de eso… y decidiesen cortar por lo sano.

Razman desorbitó los ojos y exclamó:

—¿O sea, que los rusos han podido ser los autores de los cuatro asesinatos?

—¿A usted qué le parece? —Repreguntó Baby.

—Pues no sé… Me parece una barbaridad.

—¿Una barbaridad? ¿Por qué?

—Lo cierto es que no me imagino a los rusos enviando aquí a unos cuantos de sus hombres a asesinar a cuatro personas. Quizá le sorprendan a usted mis palabras, puesto que yo soy adicto al *Sha* y los rusos no son precisamente amigos de éste, sino del pueblo…, pero es que me parece una barbaridad, eso es todo.

—Bueno, señor Razman, alguien ha cometido esos cuatro asesinatos, ¿no? Y no me refiero a los autores materiales del hecho, sino a sus dirigentes; los asesinos directos son sólo instrumentos, y por sí mismos no merecen demasiado interés… Lo que interesa es de dónde partieron las órdenes que ellos cumplieron. ¿Usted no cree que pudieron ser los rusos?

—Francamente, no. Pienso que los rusos, si se hubiesen enterado, podían haber tomado resoluciones más inteligentes que asesinar cuatro hombres; sobre todo, considerando que esos cuatro hombres pueden ser sustituidos por otros… mientras Jomeini esté dispuesto a pactar con enviados del *Sha*.

—Es decir, que según usted, lo lógico sería que, en el supuesto de que los rusos se hubiesen enterado, habrían decidido eliminar el mal de raíz, esto es, a Jomeini.

—Eliminarlo o… retirarlo de la circulación de un modo mucho más efectivo que hasta ahora. Y ya aislado completamente Jomeini, cabría incluso pensar que las instrucciones que éste enviaría en adelante a sus seguidores estarían no poco influidas por consignas rusas. Esto podría admitirlo, quizá, pero no lo otro, que hubiesen ordenado cuatro asesinatos.

—Le comprendo. Pero, por mi parte, yo no puedo admitir lo que usted ha dicho, ya que eso significaría, por parte rusa, injerencia directa en los asuntos internos de Irán…, en cuyo caso, ya no podrían disgustarse si Estados Unidos también intervenía directamente. Ellos están haciendo advertencias muy serias en el sentido de que nadie debe intervenir en los asuntos internos de Irán, así que no pueden tener la desfachatez de intervenir ellos.

—En definitiva —murmuró Razman—, llegamos a lo que yo pensaba: que no han sido los rusos.

—Los americanos, tampoco —gruñó Simón-París.

Una seca sonrisa estiró los labios de Baby.

—Entonces —deslizó suavemente—, sólo nos quedan los propios iraníes… ¿No le parece, señor Razman?

—Bueno… No sé…

—¿No sabe? Pues yo diría que la cosa está muy clara.

—Pues… Quizá. Sí, parece que la lógica indica en esa dirección… ¡Pero desde luego, si algunos iraníes han sido los causantes de esto le aseguro que no han sido los partidarios del *Sha*!

—Claro que no —lo miró asombrada Brigitte—. Eso sería de lo más absurdo. ¿Cómo habrían de asesinar los partidarios del *Sha* a sus propios enviados y al americano que podía haberlos puesto en contacto con Jomeini, que al parecer estaba dispuesto a pactar con quienes todo el mundo cree que son sus enemigos? No, no tendría sentido que hubiesen sido los partidarios del *Sha*, es decir, los propios amigos de los asesinados. Los rusos tampoco han sido. Los americanos, tampoco… ¿Quién nos queda, señor Razman?

—Bueno —Razman se rascó la coronilla, confuso—…, yo diría que ya no hay mucho campo donde buscar, ¿verdad? Lo único que se me ocurre es que la presunta traición iniciada por Jomeini a sus seguidores ha sido detectada por éstos, de un modo u otro.

—¿Le parece a usted posible eso?

Ahora fue Razman quien miró asombrado a Baby.

—¿Que si me parece posible? ¡Vaya pregunta!

—¿Sí o no?

—¡Claro que me parece posible! Nosotros tenemos informadores en todas partes, en Irán. Y es lógico pensar que los seguidores de Jomeini también los tienen, de modo que es perfectamente posible que los tres *ayatollah* que en Teherán siguen las instrucciones que desde París les envía Jomeini, se hayan enterado de lo que éste estaba dispuesto a hacer. Seguramente, tienen informadores en el mismísimo palacio, así que quizá se han enterado. Sí, es perfectamente posible.

—De este modo, señor Razman, volvemos al principio, es decir, que somos nosotros quienes podemos pedirle explicaciones a usted no usted a nosotros.

Nasir Razman se mordió los labios, miró a Simón, de nuevo a Brigitte, y acabó mostrando las palmas de las manos, en un gesto de disculpa e impotencia.

—Lo siento de veras —murmuró.

—Está bien, vamos a dar esa parte por saldada. Nada de reprocharnos nada los unos a los otros. ¿De acuerdo?

—De acuerdo. Pero… Bueno, siento haberme mostrado tan…

—Olvídelo. Yo comprendo su ofuscación y su indignación…, que era parecida a la mía. Ahora, según parece, sabemos por dónde buscar; es decir, una fuga de información o quizás una traición por parte de algún falso seguidor del *Sha* que informó de lo que el general Amir Missad estaba a punto de conseguir a los compañeros y seguidores del señor Jomeini. Los cuales, según todas las evidencias, podrían ser los que ordenaron los asesinatos, para impedir así que los enviados por el general pudiesen llegar a ningún acuerdo con Jomeini. ¿Le parece correcta mi suposición?

—Sí, desde luego… Sí.

—Y todo ello nos lleva a la conclusión final de que los amigos del señor Jomeini deben de estar muy enfadados con éste… ¿Cierto?

—Yo lo estaría, si fuese ellos —gruñó Razman.

—Yo también. ¿Cree usted, señor Razman, que sus amigos… especialistas de Teherán podrían investigar en ese sentido? Es decir, intentar averiguar si los amigos del señor Jomeini consiguieron la información de que éste quería pactar con el *Sha*.

—Puedo comunicarme con Teherán y pedir que se inicien investigaciones en ese sentido, desde luego.

—Le agradeceré mucho que lo haga. Y cuanto antes, mejor.

—Puedo llamar desde aquí mismo a mi embajada, y ordenar que…

—No. A la embajada, no, ya que corremos el riesgo de que los rusos dispongan de medios para enterarse de lo que sucede en ella ya sea por medio de algún colaborador iraní o sirviéndose de instalaciones de escucha; una cosa es que los rusos no intervengan directamente… por el momento, y otra cosa es que estén en el limbo. No vamos a considerarlos tontos, ¿verdad?

—Desde luego que no —farfulló Razman; buscó con la mirada por el salón, y señaló el teléfono—… Puedo llamar yo directamente desde aquí a cierta persona de Teherán…

—Tampoco. He registrado con cierto interés esta casa, y no he encontrado nada interesante, pero eso no es una garantía total de

que los asesinos, antes de marcharse, no dejasen bien escondidos algunos micrófonos, ¿no le parece?

—Tiene razón. —Razman abrió mucho los ojos, de pronto—… ¡Pero si han hecho eso, ahora saben todo lo que nosotros hemos hablado!

—Oh, es cierto —sonrió angelicalmente Baby—… ¡No había pensado en ello!

Razman estaba estupefacto y aterrado. Simón miraba a Baby con incredulidad, que pronto derivó hacia la expectación, y terminó en una sonrisa. ¿Baby no había pensado en eso? ¡Buen chiste!

—Pe… pero… pero… —comenzó a tartamudear Razman, tras dominar su estupefacción.

—Bueno, no nos preocupemos demasiado —movió una mano la divina espía—. Lo más malo que puede pasar es que quienes han matado a nuestros compañeros sepan que sabemos cómo empezar a buscarlos. Y quizás eso les ponga nerviosos… ¿Alguna vez ha trabajado usted con personas nerviosas, señor Razman? Yo sí: son de lo más imprevisibles que se pueda imaginar, y, sobre todo, se lanzan a cometer fallo tras fallo. Y a propósito de fallos: yo todavía no he cenado. ¿Y usted?

—Yo… Emmm. Tampoco, no.

—¿De quién es el coche en el que usted ha llegado?

—Mío. Es decir, lo he alquilado.

—Pues mientras pague el alquiler, es suyo. ¿Le molestaría llevarme a París?

—Claro que no. Al contrario: encantado.

—Celebro que nuestras relaciones tan ásperamente iniciadas sean ahora amables. Gracias, señor Razman. Ah, una última cosa: ¿sabe usted dónde está ahora el señor Jomeini?

—No. Lo sabíamos hasta ayer, pero…

—¿Se ha esfumado? Sí, eso me ha dicho mi compañero. ¿Cree que puede ser cosa de los rusos?

—¿De quiénes, si no?

—Sí —reflexionó Brigitte—… Sin duda han sido ellos quienes lo han retirado de la circulación. Y han tenido que hacerlo muy bien, ya que de otro modo sabríamos dónde está ahora el señor Jomeini.

—¿Qué quiere decir?

—Pues quiero decir que si los rusos vigilaban a Jomeini, los

americanos vigilábamos a los rusos… Y no hemos detectado ningún movimiento especial, ¿verdad, Simón?

—Sí —asintió éste—. Pero el hecho cierto es que Jomeini ya no está donde estaba.

—Es una lástima —suspiró la agente Baby—, porque si yo supiese dónde está el señor Jomeini me gustaría mucho visitarlo para hablar con él. Bien: ¿nos vamos, señor Razman?

Simón-París todavía sentía el escalofrío en la espalda cuando la agente Baby se puso en pie. Un escalofrío de admiración, porque ahora comprendía la astuta maniobra de la espía más peligrosa del mundo: había querido celebrar la reunión allí precisamente esperando que hubiese micrófonos, a fin de, en ese caso, hacer llegar a quien fuese la noticia de que ella quería hablar con Jomeini. Esto era lo realmente importante. Lo otro, la circunstancia de que los posibles escuchas se hubiesen enterado de la conversación, no tenía importancia alguna, ya que, fuesen quienes fuesen, debían de saber de antemano que tanto Razman como la CIA estaban dispuestos a trabajar, y que obtendrían conclusiones inevitablemente lógicas e inteligentes. ¡Vaya si había sido un buen chiste! Tan bueno, al menos, como la jugada de Baby al hacer circular la noticia de que ella bien podía tomar el lugar de Winslow Carnap para sostener conversaciones con Jomeini…

—¿No me ha oído, Simón?

—¿Eh? —Regresó a la realidad Simón—. Perdone… ¿Qué decía?

—Ustedes sigan trabajando en la parte técnica del asunto, y en cuanto sepan algo interesante, llámeme por la radio.

—De acuerdo. ¿Dejamos a alguien en esta casa?

—No.

Brigitte, que ya se había puesto el abrigo de pieles, tomó su maletín, y se dirigió hacia la puerta, seguida por los dos hombres. Afuera, su maleta fue pasada desde el Mercedes al Citröen de Nasir Razman, que pasó a sentarse ante el volante. Brigitte estaba a punto de sentarse a su lado, cuando Simón, que le había abierto la portezuela, murmuró:

—Quizá deberíamos escoltarla. Si alguien ha estado escuchando podrían esperarla en la carretera, y…

—No se preocupe. Ustedes hagan su trabajo, que yo haré el mío.

—Pero… exponerse a recibir unos cuantos balazos no es su

trabajo…

—¿Ah, no? —sonrió Baby.

Dejando a Simón helado de espanto, la rubia espía entró en el coche, miró a Razman, y le señaló hacia París.

Capítulo IV

—¿Dónde quiere que la deje? —preguntó Razman.

—Primero pasaremos por su hotel, a recoger sus cosas —lo sorprendió de nuevo Baby.

—¿Qué?

—Que va usted a dejar su hotel, señor Razman. A los dos nos conviene un lugar más seguro.

—Pero… Oh, bueno, no hace falta exagerar las cosas, ¿no le parece?

—¿No teme usted por su vida?

—Como todo el mundo, supongo —gruñó Razman—. Pero no hay que desquiciar las cosas: yo no soy nadie importante.

—¿Ni siquiera para usted mismo?

—¡Vaya pregunta! ¡Claro que soy importante para mí mismo, pero ésa no es la cuestión! Le aseguro que no voy a ir escondiéndome como una rata. He venido a París para…

—El motivo de su viaje a París ha dejado de existir, señor Razman. Usted ha venido para… asesorar a los tres partidarios del *Sha* en sus conversaciones con Carnap, ¿no es cierto? Pues bien, ellos han muerto, así que usted se ha quedado sin trabajo, por decirlo así.

—Eso es verdad. Pero yo pienso seguir en este asunto, de modo que…

—De modo que le convendría disponer de una base segura en la que pudiera cobijarse si las cosas se ponen feas. Y en todo caso, puesto que de ninguna manera es conveniente que se acerque usted por su embajada, necesitará un lugar donde haya teléfono privado, a fin de mantenerse en comunicación directa con Teherán, tanto para dar instrucciones como para ir recibiendo las informaciones que sus amigos de allá vayan consiguiendo. ¿Le parece que un hotel es lugar adecuado para eso, señor Razman?

—No —gruñó el iraní.

—Entonces, iremos los dos a ese lugar seguro donde dispondrá de teléfono privado. Todo lo que tenemos que hacer es pasar por su hotel, recoger sus cosas, pagar la cuenta, y marcharnos.

—Se preocupa demasiado por mí.

—La verdad es que tras nuestro choque inicial, me ha resultado usted simpático —lo miro con amable sonrisa Baby—. Pero es que, además, me será más útil vivo que muerto.

Razman la miró con gesto ceñudo, pero acabó por sonreír.

—Eso no es ni amable ni generoso por su parte, Baby.

—Todos somos un poco egoístas en ocasiones.

—Eso es cierto —Razman se estremeció.

—¿Qué le ocurre?

—Solamente estaba pensando que si yo hubiese llegado de Teherán con Almanin, Ed-Din y Mossdegh, seguramente estaría tan muerto como ellos y Carnap… No fue así, y me alegro. Lo cual es egoísta al ciento por ciento.

—Y humano —asintió Brigitte.

Quedaron silenciosos los dos. De cuando en cuando, Baby miraba hacia atrás, volviendo la cabeza; no parecía que ningún coche se dedicase especialmente a seguirlos. Estaban ya entrando en París, y el tráfico era denso, tanto que Razman comenzó a irritarse y a refunfuñar.

Por fortuna, el Hotel Bretón, en el que se había instalado Razman, no estaba muy lejos de la Porte de Montreuil. Era un hotel de lo más discreto, sito en Rue Chapon, una de tantas callecitas por encima de la más elegante Rue Rivoli…, y en la que, ciertamente, no iba a ser nada fácil estacionar el coche, lo que originó nuevos refunfuños en Razman.

—¿Puedo hacerle una sugerencia? —Lo miró divertida Baby.

—Espero que sea buena.

—Salga del coche y vaya a pie hasta el hotel. Yo estaré dando vueltas por aquí, y cuando le vea esperándome en la puerta me detendré a recogerle.

—Es una buena sugerencia. No tardaré más de cinco o seis minutos.

—No se olvide de pagar la cuenta: sería desagradable que la gerencia lo denunciase a la policía.

Razman miró a su bellísima acompañante, sonrió como de mala gana, y frenó. Sin más comentarios, se apeó, ya muy cerca del hotel, cuyo pequeño letrero luminoso destacaba en verde. Brigitte se desplazó al asiento del conductor, puso la primera marcha, y arrancó suavemente. Razman estaba a menos de una docena de pasos de la entrada del hotel cuando pasó por su lado. Lo rebasó, volvió a mirarlo, ahora por el espejo retrovisor, y, sin saber por qué, miró más atrás del iraní.

Entonces fue cuando vio al hombre que acababa de cruzar la calle, procedente de la otra acera, y que, pasando por entre dos coches, se disponía a ocupar la misma por la que circulaba Razman, a unos cinco o seis pasos tan sólo de la entrada del hotel… No fue el hombre por sí mismo lo que llamó la atención de Brigitte, sino su gesto con la mano derecha, que introdujo hacia la axila izquierda…

La agente Baby lanzó un respingo, detuvo el coche con seco frenazo, y se apeó velozmente, sacando de un bolsillo de su abrigo la pequeña pistola de cachas de madreperla, y gritando:

—¡Razman, cuidado…!

Todo sucedió prácticamente en un segundo.

En la primera fracción de ese segundo, Razman se detuvo, y miró sobresaltado y desconcertado a Brigitte al oír su advertencia; inmediatamente, por instinto, se tiró al suelo, justo en el momento en que el hombre recién aparecido tras él sacaba su pistola de la axila izquierda, ahora precipitadamente, y comenzaba a apuntar al iraní… En ese mismo instante, la agente Baby apretó el gatillo de su pistolita.

Plof, sonó el suavísimo chasquido.

Unos quince metros más allá, el hombre que estaba apuntando a Nasir Razman lanzó un alarido al recibir la pequeña bala en el hombro izquierdo, impacto que le hizo oscilar levemente hacia atrás con ese lado del cuerpo, y retroceder un paso torpemente. Pero enseguida, su mirada se desvió hacia la persona que había disparado contra él, y, teñido de la luz verde del anuncio del hotel, Brigitte vio su rostro crispado, el relucir de sus ojos…

Plof, disparó de nuevo.

Esta vez, el hombre no gritó. La bala le acertó en el centro de la frente, y lo tiró de espaldas en el centro de la estrecha acera, mientras la pistola saltaba por el aire.

Razman, que había rodado por el suelo y acto seguido se había apresurado a protegerse entre dos coches, volvió la cabeza hacia Brigitte al oír su siguiente llamada:

—¡Venga, Razman! ¡Corra!

Se oían gritos en la calle, algunas personas corrían, un hombre había aparecido en la puerta del hotel… Razman miró hacia allí, tuvo un instante de vacilación, y luego echó a correr hacia el coche, ante cuyo volante se había sentado de nuevo la espía. Apenas el iraní se hubo sentado junto a ella, el coche pareció saltar, disparado hacia el extremo de la corta calle que desembocaba en el cruce en diagonal de la Rue Saint Martin y Rue Turbigo. Razman había sacado por fin su pistola, y volvía el lívido rostro para mirar hacia el hotel.

—Pero… ¿qué ha pasado? —jadeó.

—Han querido matarle, simplemente.

Las ruedas del coche chirriaron al llegar al extremo de la calle, y Brigitte enfiló el cruce, recorriéndolo por completo y apareciendo en el Boulevard Sebastopol…

—¡No deberíamos dejar ahí a ese hombre! —exclamó Razman—. ¡Puede proporcionarnos una pista…!

—No se preocupe por eso. Lo que tenemos que hacer ahora es alejarnos de aquí, ya que quizá no estuviese solo. Seguramente, lo esperaban en un coche… ¿Nos siguen?

—No… Creo que no.

—Guarde la pistola, entonces. Ya estamos llamando la atención lo suficiente.

El iraní guardó el arma, y comenzó a maldecir en su idioma, todavía pálido, mientras Brigitte le dirigía una mirada de reojo. Se podía comprender perfectamente la reacción de Razman, pero a ella no le gustaban las maldiciones. Menos mal que no entendía ni una sola palabra…

—Mi equipaje —dijo de pronto Razman en inglés—… ¡Tengo que recoger mis cosas del hotel!

—En otro momento. Ahora tranquilícese, y asegúrese de que no nos siguen.

—¿Cómo voy a saber si nos siguen o no? ¡Todo está lleno de malditos coches!

Tan lleno que Brigitte había tenido que reducir enseguida la

velocidad. De todos modos, esto no era problema, ya que lo mismo debería sucederle a cualquier coche que circulara en su persecución.

Pero no parecía haber tal coche perseguidor. Veinte minutos más tarde, convencida de esto, Brigitte condujo hacia la Rue de Sévres, desde la cual pasó al Boulevard Raspail, resplandeciente de luces de vehículos.

—¿Adónde vamos? —preguntó Razman.

—Dejaremos el coche por aquí, y buscaremos un sitio donde podamos cenar algo agradable.

El iraní la miró con ojos desorbitados.

—¿Está hablando en serio?

—Naturalmente.

Nasir Razman se quedó sin habla. Poco después, Brigitte estacionaba el coche en un hueco libre en Rue Grenelle, y señalaba hacia atrás por encima del hombro.

—Estamos a dos pasos de Saint Germain des Prés. Pero antes, hay una callecita, llamada Des Saints Pères, donde hay varios restaurantes muy simpáticos. Sugiero uno italiano, donde, cuando menos, tengo la seguridad de que conseguiremos un estupendo Valpolicella… ¿O no bebe usted vino?

—Usted… ¡usted acaba de matar a un hombre! —La señaló Razman.

—Es cierto. Y dejando aparte lo que yo pueda sentir, creo que usted debería brindar por ello, Razman.

El iraní se quedó mirándola fijamente. De pronto, bajó la mirada, y murmuró:

—Lo siento… Y gracias.

—Vamos a ese restaurante. Además de cenar algo, tengo que hacer una llamada telefónica.

—¿A quién?

—A un amigo.

—¿Tiene usted amigos en París?

Brigitte *Baby* Montfort se quedó mirando amablemente a Nasir Razman.

—Me precio de tener amigos en todas partes —murmuró.

—Bueno, ha sido una pregunta estúpida… Considerando lo que acaba de hacer por mí, no me sorprende que tenga amigos. Precisamente, acaba de conseguir uno en Teherán.

—Es muy amable de su parte. Vamos allá.

Era cierto. Había vino Valpolicella en aquel pequeño restaurante italiano, pero Razman decidió no beberlo… También había teléfono, que la rubia espía utilizó para hacer una sola llamada que duró apenas un minuto, antes de cenar.

Ya cenados, abandonaron el restaurante, volvieron al coche, y de nuevo Baby al volante condujo otra vez hacia el Boulevard Raspail. Siempre afortunada, también allí encontró estacionamiento, y no muy lejos del edificio al cual se dirigía. Una vieja casa de noble porte, amplio vestíbulo solitario, y anchas escaleras. El ascensor era también viejo, desvencijado. Salieron a un amplio pasillo, y Brigitte fue directa a una de las puertas, que abrió utilizando una ganzúa que sacó de su maletín. Por fin, miró sonriente al impresionado iraní, y señaló hacia el interior del apartamento.

Apenas hubieron entrado los dos y cerrado Baby la puerta, Razman preguntó:

—¿De quién es este apartamento?

—De un amigo.

—Un amigo le habría facilitado la llave, ¿no?

—No hemos tenido tiempo de vernos. Pero le llamé desde el restaurante italiano, y le dije que esperaría aquí.

—¿Qué es lo que va a esperar?

—*Vamos* a esperar —corrigió amablemente Brigitte—. ¡Cielos, qué frío hace aquí dentro! Vamos a ver si conseguimos que funcione la calefacción… Y mientras nos vamos calentando por fuera, nos calentaremos por dentro: estoy segura de que debe de haber un buen coñac francés en alguna parte. Le sugiero que no desprecie el alcohol esta vez.

—No tengo demasiado frío —farfulló Razman.

—Pues yo sí. ¡Si hay algo que detesto en la vida es el frío! Bueno, de todos modos, busque usted el coñac, ¿quiere?

Los dos tuvieron éxito. Razman encontró el coñac, y Baby puso en marcha la calefacción. Debían de ser aproximadamente las diez de la noche.

Hacia las diez y media, cuando ya la temperatura del apartamento comenzaba a ser soportable y Brigitte había bebido una copa de coñac y fumado un cigarrillo, sonó el teléfono. Razman

lo miró sobresaltado, pero la espía le hizo un gesto tranquilizador, y atendió la llamada.

—¿Sí? —preguntó, en francés.

—¿…?

—Soy yo, en efecto, *Monsieur*. ¿Quién si no?

—…

—Gracias. ¿Han conseguido algo?

—…

—¡Magnífico! ¿Cuáles son sus conclusiones?

Esta vez, el interlocutor de la espía internacional estuvo hablando durante no menos de tres minutos, sin que fuese interrumpido ni una sola vez por aquélla, observada con curiosidad y cierta tensión por Nasir Razman.

Finalmente, Brigitte asintió con la cabeza, y murmuró:

—Comprendo las dificultades, *Monsieur*. ¿Le parecería bien que le proporcionase colaboración directa? Lo digo porque si usted es tan amable de ayudarme es lógico que yo le ofrezca la parte de información que nosotros tenemos.

—…

—De acuerdo. ¿Cómo y dónde?

—…

—También de acuerdo. Gracias, *Monsieur*… ¿Qué?

—…

—Oh, yo también espero que podremos vernos —sonrió la divina—, pero mientras tanto me parece más conveniente trabajar así. Hasta la vista, *Monsieur*.

Colgó el auricular, fue a donde había dejado su maletín rojo con florecillas azules estampadas, y sacó la radio de bolsillo, siempre observada atentamente por Razman, que por el momento no comprendía lo que estaba tramando la espía americana.

La cual hizo la llamada por la pequeña radio.

—¿Simón?

—Adelante —oyó Razman, débil y lejana la voz de Simón.

—Ha habido novedades: intentaron matar a Razman frente a su hotel…

—¿Lo han herido?

—No, no… Está ileso. Yo maté al hombre que quería matarlo a él. Dejé allí el cadáver del asesino, del cual se encargó la policía

francesa, lógicamente. Pero un amigo del SDECE al que llamé por teléfono ha conseguido «rescatar» el cadáver de manos de la policía, y ahora lo tenemos a nuestra disposición, así como su pistola. He concertado una cita entre usted y nuestro amigo del SDECE.

—Ése ha sido un buen trabajo —elogió Simón-París—: podremos cotejar nuestros respectivos datos.

—Ésa es la idea. A las once en punto lo recogerán a usted frente a la entrada principal del Museo del Louvre. Vaya con un paraguas.

—Entiendo. ¿Hasta qué punto puedo confiar en nuestros amigos del SDECE?

—Se entenderá usted directamente con un caballero de unos sesenta años provisto de una gran nariz. Si ése es su contacto, o él está presente, puede confiar en él como lo haría en mí misma.

—¿Tanto?

—Es un viejo amigo de absoluta confianza, Simón. Sé lo que me digo.

—Por supuesto. ¿Algo más?

—No. Venga a verme cuando sepan algo concreto.

—¿Dónde está usted?

—El caballero de la gran nariz se lo dirá. Adiós, Simón.

Cortó la comunicación, pareció a punto de guardar la radio, pero, pensándolo mejor, la dejó sobre el maletín, que quedó en la pequeña mesita. Cuando miró a Razman, captó la expresión divertida del iraní.

—¿Algo le hace gracia? —preguntó.

—Usted. Me da la impresión de ser la abeja reina dirigiendo a las abejas obreras.

—Supongo que eso es más o menos un cumplido. De todos modos, Razman, yo también cumplo a veces cometidos de abeja obrera. Bueno, vamos a ver… Si en París son las once de la noche, en Teherán deben de ser las… la una y media de la madrugada. ¿Le parece demasiado tarde… o demasiado pronto para llamar a sus amigos de allá?

—Hay un número telefónico en Teherán que está en servicio permanente.

—Ah. Claro, es lógico. De acuerdo, llame usted. Espero que esté facultado para movilizar todo el personal necesario a fin de que sepamos cuanto antes si la información respecto a esa entrevista

entre sus tres enviados y Jomeini ha llegado a conocimiento de los tres amigos religiosos de éste.

—Haré todo lo posible. Pero hay un inconveniente: tendré que hablar en mi idioma.

—¿Y qué tiene eso de inconveniente?

—Pensé que le gustaría escuchar la conversación.

—Naturalmente que me gustaría, pero ya hace tiempo que me resigné a no conocer todos los idiomas del mundo. Vamos, déjese de tonterías y llame. Si yo no confiase en usted, no le habría traído aquí.

—Gracias —murmuró Razman.

A las once y media, Nasir Razman había cumplido también su parte, impartiendo las pertinentes instrucciones a sus colegas de Teherán. Cuando colgó el auricular, todo el mecanismo estaba en marcha.

—¿Qué hacemos ahora? —preguntó.

—Dormir. Es de suponer que mañana vamos a tener muchas cosas que hacer, y conviene estar descansados. ¿De acuerdo?

—Le aseguro que si hay algo que en estos momentos me produce un estremecimiento de placer es dormir unas cuantas horas.

—Pues estremezcámonos de placer —sonrió la espía.

Capítulo V

Cuando sonó el timbre de la puerta del apartamento, Brigitte Montfort estaba despierta hacía ya rato, contemplando la luz grisácea del exterior por la ventana. Un día nauseabundo a juicio de la divina espía: frío, amenazando lluvia, sombrío… Por fortuna, la calefacción, funcionando toda la noche, había convertido el enorme apartamento de altos techos en un lugar acogedor. Hasta el punto de que Brigitte había dormido completamente desnuda, pero bien cubierta por un par de mantas.

Se sentó en el borde de la cama, y miró la peluca rubia, que había dejado sobre un silloncito.

Ahora, la llamada, con los nudillos, sonó en la puerta del dormitorio.

—Han llamado —atravesó la madera la voz de Razman.

—Vaya a abrir, por favor, Razman. Enseguida me reúno con ustedes.

Entró en el cuarto de baño del dormitorio, se lavó someramente la cara, se colocó las lentillas de contacto de color verde, y luego se puso hábilmente la peluca. Finalmente, sin más complicaciones, se puso el abrigo de pieles sobre su espléndido cuerpo desnudo, y salió del dormitorio.

Simón-París y Razman, éste terminando de anudarse la corbata, esperaban allí. Razman se pasó una mano por sus rizados cabellos, se puso la chaqueta, y encendió el primer cigarrillo del día.

—Buenos días —saludó Simón, sonriente—… ¿Ha descansado bien?

—Admirablemente, gracias. ¿Café? ¿O no tenemos tiempo de tomarlo?

—Sí, tenemos tiempo.

—Yo puedo prepararlo —propuso Razman—… Aunque no quisiera perderme la información.

—Hay una solución muy sencilla para eso —dijo Baby—: vamos a charlar a la cocina los tres.

—Se está bien aquí —dijo Simón, ya caminando hacia la cocina.

—Ahora, sí, porque anoche puse la calefacción a tope —replicó la rubia—… Pero cuando llegamos hacía un frío horrible, ¿no es cierto, Razman?

—Más o menos —sonrió el iraní—. Yo no soy tan friolero como usted. Pero, realmente, hacía frío.

—Un frío horrible —insistió Baby.

—De acuerdo: un frío horrible.

Sonrieron los tres, entrando en la amplia cocina. Razman buscó el café, y Brigitte y Simón se sentaron frente a frente a la mesita colocada en un lado de la cocina.

Simón ofreció cigarrillos, y Brigitte tomó uno, vacilante.

—No me canso de decir que es el vicio más estúpido del mundo —refunfuñó—, pero sigo fumando. Y sobre todo en ayunas es malísimo fumar. En fin… ¿Cómo han ido las cosas, Simón? Me parece que no ha dormido usted mucho.

—Prácticamente nada. Pero me parece que ha valido la pena Por el momento, sabemos que el hombre que usted mató es un alemán que ha estado circulando por Europa con el nombre de Reinhardt. Tengo un par de fotografías de él, que me ha facilitado su amigo narigudo.

Las tendió a Brigitte, que las examinó con cierta indiferencia. En efecto, era el hombre que había intentado disparar contra Razman; un sujeto de alrededor de treinta y cinco años, de cabellos claros, ojos que parecían de cristal, boca delgada, hostil… Razman había dejado de buscar el café para mirar las fotografías por encima del hombro de Brigitte, pero reanudó enseguida la búsqueda.

—Muy bien —dejó sobre la mesa Brigitte las fotografías—… ¿Qué sabemos concretamente de este hombre, aparte de que ha estado circulando con el nombre de Reinhardt?

—Era un tipo de cuidado: mercenario, asesino, aventurero dispuesto a todo… Estaba considerado como muy peligroso y eficaz en los trabajos que se le encargaban. Y no cabe duda de que lo fue… hasta que tropezó con Baby. Cuando menos, fue eficaz en el asesinato de Carnap y los tres iraníes.

—¿Él fue uno de los tres asesinos?

—Eso nos ha revelado su pistola. Algunas de las balas que mataron a Carnap y a los otros salieron de la pistola de Reinhardt, no hay la menor duda.

—Entonces, ya tenemos a uno —murmuró Brigitte—. Pero, lamentablemente, está muerto, así que no nos sirve de nada. O casi de nada. Lo interesante sería poder localizar a los otros dos… o tres, o cuatro. Quizá sean más de los que pensamos, sólo que fueron tres los que hicieron el trabajo en el chalé de Montreuil. ¿Tenemos alguna posibilidad de localizarlos?

—Puede que tengamos alguna —asintió Simón—… Reinhardt tenía algunos amigos de su misma calaña, y sabemos que por lo menos ha tenido que relacionarse con dos últimamente. Puesto que él ya está identificado, hemos decidido buscar a los otros dos…, o los que sean. Todos los hombres disponibles del SDECE para ayudarnos, y desde luego todos nuestros compañeros, están rastreando a Reinhardt en París: provistos de copias de estas fotografías están cribando la ciudad. Evidentemente, Reinhardt tenía que estar instalado en alguna parte.

—Sin duda. Y hasta es posible que fuese visto en compañía de otros sujetos como él. Eso nos ayudaría a encontrarlos. Supongo que están pulsando todos los resortes.

—Todos. Docenas de colaboradores nuestros, del SDECE, y muy pronto espero que de los británicos y hasta es posible que de los alemanes federales, están en el asunto. Si Reinhardt se relaciona con alguien conocido, lo sabremos tarde o temprano. Y no me sorprendería nada que localizásemos el lugar donde estuvo instalado el propio Reinhardt.

—Eso podría ayudarnos mucho —asintió Brigitte—… Aunque quizá no.

—¿Por qué no? —se sorprendió Razman, que ya estaba preparando el café—. ¡A mí me parece una buena idea! Si encontramos el lugar donde Reinhardt estuvo, quizás encontremos a los otros dos.

—No sea ingenuo, Razman. Los amigos de Reinhardt saben perfectamente que él ha muerto, de modo que habrán levantado el vuelo en el acto.

—Eso es de temer —asintió Simón—. Pero siempre cabe la posibilidad de que hayan dejado una pista. Y de todos modos, si los

tres estuvieron juntos, alguien debió de verlos. Y si alguien los vio, podremos identificarlos, con un poco de suerte. Y si los identificamos, están listos: no podrán salir de París.

—Salvo que ya no estén en París —murmuró Brigitte.

—También eso es posible, claro —admitió Simón.

—Pero no significa que debamos dejar de buscarlos. En el fondo, yo pienso que ellos siguen en París.

—¿Por qué?

—Porque todavía no han terminado su trabajo. Si lo hubiesen terminado al asesinar a Carnap y a los tres iraníes, ya se habrían marchado entonces…

—¡No pensará que se han quedado en París para matarme a mí! —exclamó Razman—. ¿Quién soy yo, a fin de cuentas?

—No, no creo que se hayan quedado por usted. Si así fuese, lo habrían atacado antes. Lo que no acabo de comprender es por qué le atacaron anoche, Razman.

—Pues lo que no comprendo yo es cómo me localizaron. ¿Cómo sabían que yo estaba en el Hotel Bretón?

—¿Sabe alguien de su embajada dónde estaba usted?

—Mmm… Bueno, sí, porque… ¿Qué quiere decir?

Simón soltó un gruñido.

—Lo que Baby quiere decir está bien claro, ¿no? Espero que de una vez admita usted que la traición está del lado de ustedes. Alguien de su embajada informó a los asesinos del lugar donde se reunirían Carnap y los otros tres, y los asesinos fueron allá y los mataron a los cuatro. Y alguien de su embajada, después que llegó usted, informó de su presencia, supo dónde se había alojado, y pasó el aviso, para que le eliminaran. Reinhardt tomó el trabajo por su cuenta, y cuando usted apareció, se dispuso a cumplir las órdenes. ¿Lo entiende, Razman?

—Pero… ¿por qué matarme a mí? ¡Yo no soy nadie!

—Es el hombre que en París puede saber más cosas sobre el asunto —deslizó Brigitte—… ¿Cuántas personas calcula usted que podían saber lo del chalé, y que usted se había instalado en el Hotel Bretón?

—Bueno… No sé. Lógicamente, sólo debía de saberlo una persona, pero si esta persona habló con otras…

—¿Qué persona es ésa?

—Semar Debah. Es el diplomático que alquiló el chalé, y el único, que yo sepa, que podría saber dónde me había alojado yo. ¡Pero eso es absurdo, la fidelidad de Debah…!

—¿Estará ahora en la embajada?

Razman miró su reloj de pulsera, y movió la cabeza negativamente.

—No. Es demasiado pronto: no son ni las ocho y media…

—¿Dónde vive?

—No lo sé —parpadeó Razman—… No tengo la menor idea. Sé que tiene un pequeño apartamento en París, pero no sé dónde.

—Quizás esté en el listín telefónico —sugirió Simón.

—Escuchen, esto no tiene sentido. ¡Yo respondo por Debah!

—¿Quiere decir que ni siquiera admite la posibilidad de que él hablase con alguien de esto, alguien en quien él a su vez confiase…, y que no fuese digno de esa confianza?

—Bueno… No sé…

—Vamos a dar por sentada la fidelidad del señor Debah, Razman. Pero él pudo comentar algo con otra persona de la embajada que no fuese tan fiel, ¿verdad? Alguien que no fuese tan fiel como Debah.

—Bueno…

—¡Vamos, no sea terco! Desde el primer momento decidimos que toda la fuga de información procedía de ustedes, ¿no es así? Seguramente hubo fuga de información en Teherán, y es evidente que la ha habido aquí, en París. Usted dice que responde por Debah. Muy bien: ¿por qué no le preguntamos a Debah si él responde de las personas a las que pudo decirle algo sobre todo este asunto?

—Lo buscaré en el listín —farfulló Razman.

En el listín no constaba el nombre de Semar Debah, por lo que los tres espías llegaron a la conclusión de que el apartamento que ocupaba estaba a nombre de otra persona, que se dedicaba a alquilarlo.

A las nueve y un minuto, cuando hubieron tomado café y unos *croissants* que Simón bajó a comprar, Razman llamó a su embajada. Semar Debah todavía no había llegado. Ni había llegado a las nueve y cinco, ni a las nueve y cuarto, ni a las nueve y media…

—Consiga su dirección —murmuró Brigitte, junto a Razman mientras éste hacía la llamada de las nueve y media.

Razman consiguió la dirección, la anotó en un papel, y se lo tendió a Brigitte, que la leyó y guardó el papel en un bolsillo del abrigo. Luego, sin más comentarios, fue al dormitorio donde había pasado la noche, se vistió, volvió a ponerse el abrigo, tomó su maletín y regresó al salón.

—Su coche queda abajo, Razman —dijo—. ¿Vamos, Simón?

—¿Adónde van? —exclamó el iraní.

—A preguntarle al señor Debah por qué no está en la embajada, como es su obligación a partir de las nueve de la mañana. Y de paso, le haremos otras preguntas.

—Pero… Está bien. ¡Yo voy con ustedes!

—No. Usted se quedará aquí, por si le llaman de Teherán, ya que necesitamos también esa información. Ah: no se le ocurra llamar a Debah a su apartamento, aunque ahora sepa su número. En cuanto a nosotros, estaremos comunicados por medio de la radio… Le prestaré la mía de repuesto —la sacó del maletín y se la entregó— … Pero no me llame salvo que sea estrictamente necesario. ¿De acuerdo?

—Está bien. Pero me gustaría ser yo quien hablase con Debah.

—Ya hablará con él en otra ocasión.

* * *

Pero no.

Razman ya no podría hablar con Semar Debah en ninguna ocasión, porque Debah estaba muerto.

Yacía sentado en un sillón de la pequeña sala de estar, con la cabeza caída sobre el pecho, en el cual se había secado ya la mancha de sangre vertida por los orificios de tres balazos recibidos en pleno corazón.

Brigitte, que había abierto la puerta del apartamento utilizando una de sus ganzúas tras haber estado llamando repetidamente en vano, se acercó al cadáver, y le tocó la frente.

Estaba fría, congelada. Parecía de cera.

A dos pasos de Brigitte, Simón-París miraba con expresión sombría el cadáver.

Moviendo la cabeza, Baby fue a sentarse en otro sillón, estuvo pensativa unos segundos, y luego miró alrededor, con gesto

escéptico.

—No creo que encontremos aquí nada que valga la pena —murmuró.

—Yo creo que ya lo hemos encontrado —dijo Simón, señalando el cadáver.

—Sí —Brigitte volvió a mirarlo—… Es cierto. ¿Cómo explicaría usted todo esto, Simón?

—Todo serían suposiciones, claro, pero…

—Hágalas.

—Bien… Parece que Debah se vendió. Alguien de Teherán, que sabía que los tres iraníes se iban a reunir con Carnap en París, supo que Debah se había encargado de buscar el sitio. Lo convenció o lo sobornó para que se pusiera de su parte, así que Debah informó del lugar donde se iban a reunir Carnap y los otros, y luego, del hotel donde se había alojado Razman. Los asesinos cumplieron su primer trabajo al matar a Carnap y los otros tres, y luego recibieron la orden de eliminar a Razman. Cuando el encargado de hacer esto fracasó, la persona que sobornó a Debah comprendió que íbamos a conseguir una pista con el cadáver, y que si Debah se enteraba de eso se iba poner nervioso…, así que ordenó a los otros dos que matasen a Debah; al fin y al cabo, ya no lo necesitaban.

—Lo que significa que cuando retiremos las balas del cadáver de Debah, podremos comprobar que también salieron de una de las pistolas que fueron utilizadas para matar a Carnap y los tres iraníes.

—Así lo creo. Uno de los dos asesinos restantes, o quizá los dos, recibieron la información de dónde estaba Debah, y la orden de venir a matarlo. Y lo han hecho.

—Es decir, que tenemos a dos asesinos sueltos por París, dirigidos por alguien que, por supuesto, también tiene que estar en París, y que todavía no ha despedido a los asesinos. Sigue necesitándolos, para esa persona el juego todavía no ha terminado. ¿Por qué?

—Esos asesinos tienen que matar a alguien más.

—¿A quién?

—Yo creo que su objetivo principal tiene que ser Jomeini. Pero como resulta que ahora nadie sabe dónde está Jomeini, parece que no debemos preocuparnos por él.

—Yo creo que sí hay alguien que sabe dónde está Jomeini: los

rusos.

—Seguramente. Pero lo que yo quiero saber es quién ha ordenado estas muertes. Nosotros no hemos sido, pese a que, aparentemente, la muerte de Jomeini sólo podría favorecer las intereses de Estados Unidos en Irán. En cuanto al *Sha*, si está al corriente de que Jomeini quería pactar con él, le interesa mil veces más vivo que muerto, ya que la influencia de Jomeini es enorme en Irán, y si Jomeini se pusiera de parte del *Sha*, éste habría conseguido el mayor de los triunfos imaginable. Así pues…

—Así pues —terminó Brigitte—, solamente personas descontentas de Jomeini pueden haber ordenado su muerte, y las de los tres iraníes que vinieron a entrevistarse con él utilizando como contacto a nuestro compañero Carnap. Y yo pregunto: ¿qué personas podrían estar descontentas de Jomeini en esta actual situación?

—Sus amigos. Se sentirían traicionados por el hecho de que Jomeini pensase pactar con el *Sha*…

—Lo que significa que todo apunta como directores de esta pequeña masacre a los tres seguidores de Jomeini, a sus… lugartenientes, por llamarlos de alguna manera, que están en Teherán: los religiosos *ayatollah* llamados Golepayegani, Najfi y Madari.

—Suponiendo que éstos se hayan enterado de la presunta traición que implicaría el hecho de que Jomeini pactase con el *Sha*.

—Eso es lo que los amigos de Razman están investigando en Teherán. Si los tres amigos de Jomeini han conseguido esa información lo sabremos. Y si la han conseguido… habría que pensar en ellos como instigadores de todas estas muertes, y la de Jomeini, si es que los asesinos consiguen encontrarlo.

—Eso no les será nada fácil. Los rusos hacen bien las cosas. Si han conseguido escamotearnos a Jomeini delante de nuestras narices, no creo que dos asesinos puedan encontrarlo. ¡Estaría bueno!

—¿Y si lo encontrasen? —murmuró Brigitte.

—Eso es imposible.

—Yo creo que no.

Simón-París se quedó contemplando especulativamente a la reina mundial del espionaje. No la entendía, pero sabía que ella no

decía tonterías.

—¿Y cómo habrían de encontrarlo? —se interesó.

—Veamos… ¿Quién es el jefe ruso en París?

—Dimitri Vichenko.

—¿Es sociable?

—¿Sociable? Bueno, es lo bastante inteligente para ser lo que le convenga ser en un momento determinado.

—Estupendo. Nosotros podríamos…

La radio de Simón y la de Baby sonaron simultáneamente. Baby hizo una seña a Simón, y éste atendió la llamada.

—¿Sí?

—Los tenemos —sonó la voz masculina.

—¿Los habéis capturado? —exclamó Simón.

—No, no. Pero sabemos casi con seguridad quiénes son. No ha sido demasiado difícil localizar la guarida de Reinhardt Y ahora sabemos incluso que dos tipos fueron vistos entrando con él en el edificio dos o tres veces. Esta información procede de un colaborador del SDECE. El SDECE está ya en marcha para proporcionarnos fotografías de los dos amigos de Reinhardt, y en cuanto las tengamos vamos a barrer París en su busca…, si ella está de acuerdo. ¿Está contigo?

—Sí. Nos está escuchando. ¿Quiénes son esos dos sujetos?

—Uno de ellos es muy conocido en Europa, especialmente en Francia: se llama La Farge. Es un bicho, ha hecho todo lo malo que se pueda imaginar. El otro es un americano llamado Mumford, al parecer otro bicho dedicado al asesinato, contrabando, y cositas así. Dignos compañeros de Reinhardt, desde luego. ¿Qué hacemos? ¿Subimos al apartamento de Reinhardt?

Simón miró a Baby, que le hizo señas que fueron exactamente interpretadas.

—No, no subáis. Nosotros vamos para ahí ahora mismo.

Capítulo VI

El apartamento de Reinhardt estaba en Montmartre, por encima del Sacré Coeur, en la Rue Championnet. Era grande y destartalado, pero tenía una romántica terraza desde la que se veía el Sacré Coeur, y la gran extensión de París…, es decir, podía verse en los días claros, pero no en aquel día de nieblas frías que pronto se convertirían en lluvia.

La calefacción, si así podía llamarse, procedía de un par de estufas a gas butano, viejas, pero evidentemente todavía capaces de prestar su servicio. El apartamento constaba de dos habitaciones, pero pronto estuvo claro que solamente una de ellas era utilizada. La otra ni siquiera tenía ropa puesta en la cama. Había periódicos por el suelo, colillas, cerillas de estuches de propaganda, migajas de numerosos bocadillos consumidos en un sillón situado frente a un viejo televisor, botellas vacías de vino, una de coñac, varias latas de cerveza. Un frigorífico prácticamente nuevo contenía latas de cerveza y paquetes de alimentos preparados envueltos en papel de aluminio. Algunas ropas en el armario, revistas de chicas desnudas y pequeños cuentos pornográficos, un plano de París, un mapa de las carreteras de Francia…

A través de los cristales de la puerta-ventana que daba a la vieja y romántica terraza, la agente Baby contempló la fina lluvia que comenzó a caer sobre los geranios que había en varias macetas. Tras ella, los agentes de la CIA y del SDECE buscaban no sabían qué, pero dispuestos a encontrar algo que les facilitase la localización de los dos amigos de Reinhardt que habían sido vistos con éste últimamente saliendo o entrando del edificio: el americano Mumford y el francés La Farge…, de los cuales muy pronto dispondrían de fotografías para ser repartidas por toda la zona de París. A decir verdad, La Farge y Mumford no tenían la cosa nada bien. Claro está, podrían esconderse en cualquier rinconcito y

permanecer allí sin que en modo alguno pudiesen ser localizados, pero, en cuanto asomasen la nariz, serían detectados. No era la de ellos una situación agradable, desde luego.

—Me parece —se acercó Simón-París a Baby— que aquí no vamos a conseguir nada.

—Nunca se sabe —se volvió ella—. Y de todos modos, algo hay que hacer, ¿no? A propósito: creo que deberíamos comunicar a Nasir Razman lo sucedido con su «amigo» Debah. No podemos dejar el cadáver indefinidamente en el apartamento.

—No parece que Razman esté muy impaciente por saber nada de Semar Debah, ya que no se ha interesado por él.

—Convinimos que no llamaría salvo que fuese estrictamente necesario. Naturalmente, debe de haber escuchado todas nuestras conversaciones por la radio que le dejé, y sabe que estamos aquí en busca de alguna pista…, pero él está haciendo su parte.

—¿Quiere que lo llame yo para decirle lo ocurrido? La verdad es que sería conveniente que nosotros o los iraníes nos ocupásemos del cadáver de Debah. No sólo porque no podemos dejarlo pudrirse en el apartamento, sino porque convendría sacar las balas que lo han matado, y compararlas con las que ya tenemos.

—Sí… Pero no vale la pena. Sabemos que las balas coincidirán con las que tenemos, Simón. De todos modos, vamos a llamar a Razman… Yo me encargo de eso.

—*Okay*. Seguiré ayudando a los demás.

Brigitte utilizó la radio para llamar a Razman. Es decir, no fue la voz de Razman la que contestó, sino la de un agente de la CIA, pero Baby dijo:

—Cierren todos la radio menos el «especialista»… ¿Me está usted oyendo, supongo?

—Claro —sonó la voz de Razman, un tanto hosca.

—¿Qué le pasa?

—Me da la impresión de que se está burlando de mí. Pero no perdamos el tiempo en esas tonterías… No sabía si llamarla y no he tenido noticias.

—¿Le han llamado por teléfono?

—Así es. Pero no sabía si era estrictamente necesario ponerla al corriente de lo que pasa allí. A fin de cuentas, desde aquí nada podremos hacer para…

—¿Qué está ocurriendo allí?

—Se rumorea que Jomeini ha sido asesinado en París, y que sus tres amigos no son ajenos a esto; me refiero a los tres amigos y seguidores que él tiene allá, ¿comprende?

—Pero eso es una barbaridad…

—No lo crea. Evidentemente, ha habido fuga de información de palacio, o de alguien muy cercano al general Missad… Sea como sea la noticia de que tres de los nuestros venían aquí para pactar con Jomeini con vistas a que éste y el *Sha* llegaran a un acuerdo, es ya del dominio público, y naturalmente, de Madari y los otros dos. Parece lógico pensar que Madari, Najfi y Golepayegani se enterasen antes que el pueblo, ¿verdad?

—Muy lógico.

—Eso es lo que se dice. Y se dice también que en cuanto los tres lo supieron prepararon el asesinato de Jomeini, a fin de evitar que éste pudiera ponerse de parte del *Sha*, lo que habría resultado catastrófico para el pueblo; ahora, el pueblo está siendo informado de la traición de Jomeini a la causa, de que sus tres seguidores principales ordenaron que fuese asesinado…, y que esto ha sido conseguido.

—Por Dios… ¡Esto son noticias desastrosas, Razman!

—Depende de cómo se miren.

—¿Qué quiere decir?

—El populacho está muy indignado con Golepayegani, Najfi y Madari, que han ordenado el asesinato de Jomeini. Unos dicen que si Jomeini era un traidor a la causa del pueblo, bien muerto está; otros dicen que Jomeini nunca podría ser traidor, y que esto es una maniobra de los tres amigos para quitarlo de en medio a fin de ocupar ellos el poder muy pronto… Como sea, esos tres santones están en dificultades; yo diría que hasta corren el riesgo de ser lapidados…, lo cual no sería ninguna mala noticia para el *Sha*, ¿comprende? Ni para los americanos, cuyos intereses corren paralelos a los del *Sha*. Todo este asunto, en definitiva, nos favorece a nosotros, es decir, a los adictos al *Sha* y a la CIA. ¿No está de acuerdo? A poco que las cosas se compliquen, los tres santones van a morir, y el populacho se va a fraccionar en tantos bandos que ya jamás se entenderán unos con otros. Divide y vencerás.

—Pero todos esos enfrentamientos del populacho, como usted

los llama, contra otra parte del populacho, pueden ser muy sangrientos, Razman.

—Sí —se tensó la voz del iraní—… Es cierto. Pero eso es cosa de ellos. Nosotros queríamos pactar con Jomeini, eso es todo. Si las cosas se complican, no será culpa nuestra, sino de esos tres santones que han ordenado el asesinato de Jomeini y todo eso… En el supuesto de que todo esto que circula por Teherán sea cierto.

—Sí, en el supuesto… Bien, tengo una mala noticia para usted, Razman. Es sobre su amigo Debah: lo encontramos muerto.

Hubo unos segundos de silencio por parte de Razman, antes de que musitase:

—¿Sabemos quién lo ha matado?

—Creo que podemos imaginárnoslo perfectamente.

—Sí, claro…

—Supongo que se da cuenta de lo que todo eso significa.

—Creo que sí. Nunca lo hubiera pensado de Debah, pero está claro que me traicionó… ¿A quién se vendió? Tuvo que ser alguien enviado por los tres santones de Teherán, desde luego…

—No se precipite.

—¿Que no me precipite? ¡Pero si todo está clarísimo! Los tres santones se enteraron de la cita con Carnap, de todo, y procedieron a poner en marcha su propio juego. Debah entró en ese juego, y en cuanto ha resultado comprometedor que continuase con vida, los asesinos han recibido orden de eliminarlo. Como hicieron conmigo… Si lográsemos capturar con vida a esos dos asesinos sabríamos definitivamente la verdad.

—De acuerdo en esto, desde luego. Por lo demás, no se precipite.

—Bueno… ¿Quiere hacer una apuesta conmigo?

—¿Qué apuesta? —se interesó Baby.

—La persona o personas que están dirigiendo a esos asesinos tienen que saber que les estamos pisando los talones…, y preferirán eliminarlos y buscar a otros para que se encarguen de seguir el plan de los tres santones de eliminar a Jomeini. O sea, yo me apuesto con usted cien francos a que si encuentran a esos dos asesinos, ya estarán muertos.

Brigitte *Baby* Montfort se pasó la lengua por los labios y acto seguido murmuró:

—No, Razman… No acepto la apuesta, porque tengo todas las posibilidades de perderla. Pero seguiremos buscando a esos dos sujetos. ¿Se ocupa usted del cadáver de Debah?

—Llamaré a mi embajada —murmuró Razman—… ¡Esto se está poniendo cada vez más desagradable!

—Sí… Le llamaré en cuanto pueda. Usted no se mueva de ahí, siga esperando las noticias que vayan llegando de Teherán.

—De acuerdo.

—Adiós.

Brigitte cortó el contacto, guardó la radio, y se quedó de nuevo mirando los geranios. Ahora llovía más intensamente, y el frío era tan intenso afuera que los cristales se estaban empañando por dentro.

Bien, a poco que se pensase en el asunto, la pregunta tenía que surgir: ¿quién era, en el fondo, el causante de todo? Y la respuesta era por demás fácil: Jomeini. Él lo había provocado todo al ofrecerse por medio de un agente de la CIA a sostener conversaciones privadísimas con representantes del *Sha*, del que se decía que era enemigo irreconciliable. ¿Qué podía ofrecer Jomeini a los representantes del *Sha*? La respuesta parecía única: su colaboración. ¿Qué otra cosa? Con lo cual, Jomeini, el veneradísimo profeta del pueblo iraní, se disponía a traicionar a ese pueblo que lo amaba. ¿A cambio de qué? ¿De dinero? ¿De poder? ¿Qué concesiones o privilegios personales podía o quería pedir Jomeini?

Frente a los cristales empañados, la agente Baby se sumió profundamente en sus pensamientos. Su mente comenzó a funcionar como una computadora, comenzó a manejar todos los datos, a barajar diversas posibilidades, a obtener conclusiones, a plantear problemas, a conseguir la solución de éstos… De pronto, se volvió.

—¡Simón! —llamó.

El jefe de la CIA en la Zona de París llegó rápidamente ante la espía, mirándola interrogante.

—¿Sí? —inquirió.

—Localíceme a Dimitri Vichenko: quiero hablar con él.

La boca del espía americano se abrió en gesto de pasmo. Acto seguido, asintió.

—Haré todo lo posible —aseguró.

—¿Qué quiere decir con eso? —Frunció el ceño Brigitte—. ¿No

sabe usted cómo localizar a su colega?

—Oh, sí sé, por supuesto. Nos conocemos bien. Lo que me parece difícil, dadas las circunstancias, es que Vichenko acepte la cita que usted propone, ya que, como usted habrá comprendido, él no debe de permanecer ignorante de todo lo que está ocurriendo.

—Para eso son los espías —sonrió secamente Baby—: para enterarse de todo. Ya he supuesto que la MVD está al corriente del lío en que estamos metidos los de la CIA, y precisamente por eso quiero hablar con Vichenko. —Sonrió de nuevo—... Pero dígale de mi parte que si tiene miedo puedo prescindir de su intervención en el asunto.

* * *

Posiblemente, al ciudadano y magnífico espía soviético que era Dimitri Vichenko se le podría acusar de muchas cosas, pero, ciertamente, no de cobarde.

Acudió a la cita. Y además, aceptando todas las condiciones que Simón le impuso por su cuenta para garantizar la seguridad de la agente Baby, es decir que, al menos aparentemente, acudió solo. Tras las gestiones para localizarlo en aquella situación fuera de lo habitual, y las conversaciones indirectas para llegar a un acuerdo, el espía ruso y el americano convinieron la hora y el lugar: siete de la noche, en la Place del Hotel de Ville, y, precisamente, frente al mismísimo Ayuntamiento.

A las siete en punto, apareció el coche en el que viajaban Brigitte, Simón-París y un agente de la CIA que conducía el vehículo. Dimitri Vichenko estaba allí, bajo la lluvia, cobijado bajo un gran paraguas y ataviado con un elegante gabán oscuro. Cuando el coche apareció, se acercó a él, esperó a que la portezuela de atrás se abriese, cerró el paraguas, y se metió en el coche, que reanudó la marcha tras haberse detenido apenas dos segundos.

En el centro del asiento de atrás estaba Simón-París; a su izquierda, estaba la rubia de los ojos verdes; a su derecha quedó el agente ruso, al que Simón señaló.

—Dimitri Vichenko, de la MVD. —Luego señaló a su rubia acompañante—... La agente Baby.

Miles de reflejos de luz eléctrica y de lluvia parecían inundar el

interior del coche. A esta luz, Baby y Vichenko se miraron, y el ruso movió la cabeza.

—¿Cómo está? —se interesó.

—Muy bien, gracias —sonrió Brigitte—... Y gracias también por venir, Vichenko.

—Espero que valga la pena.

—Yo también. ¿El señor Jomeini está en lugar seguro?

—Creo que sí.

Durante esta conversación preliminar, de tanteo, se observaban uno al otro, por delante de Simón, que se había echado bien hacia atrás en el asiento, y permanecía inmóvil y en silencio... Dimitri Vichenko parecía tener cerca de cincuenta años, era alto, de hombros robustos, cuadrados, y manos enormes. Llevaba los cabellos largos, pero no demasiado. Su rostro era de facciones grandes, sólidas, y sus ojos, de un tono claro, como entre gris y azul. Era un hombre viril y casi hermoso, de gran atractivo masculino, pese a su seriedad..., o quizá precisamente debido a su seriedad.

—Lo celebro —dijo Brigitte.

—¿De veras? —Alzó una ceja Vichenko.

—Naturalmente. ¿Quiere un cigarrillo?

—Sí, gracias.

—Yo también me fumaría ahora muy a gusto un cigarrillo. ¿Y usted, Simón?

—Oh, yo también, sí —dijo el agente americano.

—Espléndido.

Simón-París quedó un instante desconcertado. De pronto, respingó, sacó su paquete de cigarrillos, ofreció a Baby y a Vichenko, se puso uno en los labios, y acto seguido ofreció la llamita de su encendedor, por el mismo orden en que había ofrecido los cigarrillos.

—Yo diría, Vichenko —dijo Baby—, que no ha aceptado usted muy en serio mis buenos deseos de que el señor Jomeini esté en lugar seguro.

El ruso se quedó mirándola a través del humo.

Soltó un gruñido.

—Vamos a hablar claro —masculló—... La intervención de usted en este asunto me ha hecho cavilar sobre la posibilidad de que las

cosas no sean lo que parecen. Pero admita usted que, a poco que reflexionemos sobre el caso, todo parece obra de la CIA.

—¿Ésa es la conclusión a la que ha llegado usted?

—Una de las posibles conclusiones. ¿Está al corriente de los acontecimientos en Teherán?

—Naturalmente.

—Claro, naturalmente… En ese caso, se habrá dado usted cuenta de que todo esto solamente favorece al *Sha*, y como lógica consecuencia, a los intereses de británicos y americanos.

—En efecto. A poco que las cosas se pongan definitivamente mal para los tres amigos de Jomeini en Teherán, el *Sha* podrá considerarse en una posición de lo más firme. Y todavía más si alguien consiguiese realmente asesinar al señor Jomeini.

—Eso ya no será tan fácil —sonrió secamente Vichenko.

—¿Por qué no?

Simón y Vichenko miraron desconcertados a la espía de los falsos ojos verdes.

—¿Por qué no? —repitió Vichenko—. Bueno, me gustaría saber quién y cómo podría conseguirlo. Le aseguro que no le resultaría tan fácil como en el caso de su compañero Carnap y esos tres iraníes a los que se cargaron en Montreuil.

—Parece que está usted bien enterado de todo.

—Lo suficiente. Y espero que usted haya comprendido a su vez que nosotros también estamos buscando a los dos compañeros de ese Reinhardt. A propósito, su nombre es Helmut. Helmut Reinhardt.

Brigitte sonrió.

—¿Se va dando cuenta, Simón? ¡Esto es lo que yo llamo una conversación de espionaje a alto nivel! Y es precisamente en estas circunstancias cuando yo trabajo más a gusto. ¿Tienen ya también identificados a los otros dos, Vichenko?

—La Farge y Mumford. No estamos dormidos, se lo aseguro.

—¡Espléndido! Pero apuesto a que hay algo que usted no sabe todavía.

—Me sorprendería.

—¿Conoce a un tal Semar Debah?

—Es un diplomático iraní.

—Oh, pero esa respuesta es muy fácil. ¿Qué más puede decirme

sobre él?

—No es nadie.

Brigitte entendió perfectamente la respuesta del ruso. No era una respuesta despectiva, en absoluto; simplemente, quería indicar que Semar Debah no era nadie en el espionaje.

—De acuerdo, no es nadie. Pero entonces… ¿por qué lo han asesinado?

—¿A Debah? —Un destello de súbito interés apareció en los ojos de Vichenko—. ¿Quién y por qué?

—Alguien que está haciendo una jugada especial. Una jugada, Vichenko, que no tiene nada que ver con la CIA. Oh, claro, los asesinos de Debah han sido Mumford y La Farge, desde luego. Pero ésos son simples… robots bien dirigidos. A nosotros nos interesa gente más importante que ellos, es decir, la gente que los dirige.

—Por supuesto. Pero estamos hablando en serio, ¿verdad?

—Sin la menor duda.

—Entonces, tendrá usted que hablar mucho para convencerme de que esta jugada, sea cual sea en definitiva, no ha partido de la CIA.

—Entiendo. Bueno, tenemos tiempo, así que le explicaré algunas cosas que usted no sabe. Pero antes de nada, dígame: ¿qué les ha dicho a ustedes el señor Jomeini respecto a su jugada?

—¿Qué jugada de quién?

—Del señor Jomeini. ¡Vamos, no me diga que no sabe que él quería sostener negociaciones con el *Sha* o sus representantes!

—Eso es una idiotez.

—Ah.

—No he querido ser descortés —gruñó Vichenko—. Sólo digo que Jomeini jamás aceptará componenda alguna con el *Sha* o sus representantes.

—Sin embargo, el señor Jomeini se las arregló para ponerse en contacto con mi compañero Carnap y hacerle ese ofrecimiento…

—¿No decía usted que la CIA no había intervenido en esto?

—La CIA, no. Pero Carnap sí.

—¿Por su propia cuenta?

—Así es.

—Eso es otra idiotez. Dicho sea siempre sin ánimo de molestarla a usted.

—¿Por qué le parece una idiotez?

—Ésa es una operación de demasiada envergadura para que un agente americano la emprenda por su cuenta. Carnap no era más que un agente del montón, uno de tantos. La cosa sería diferente si me dijese que había sido usted quien se había encargado del asunto. Pero según entiendo, no ha sido así, ¿verdad?

—No. ¿Sabe por qué estoy yo en París, Vichenko?

—Naturalmente: porque han asesinado a uno de sus Simones.

—Exacto. Ahora le haré otra pregunta: ¿usted cree que yo apoyaría una acción de espionaje cuya consecuencia fuese provocar un cisma entre el pueblo iraní que daría lugar a una situación poco menos que de guerra civil en Irán? Porque eso es lo que va a ocurrir si la cosa sigue adelante, Vichenko. En Teherán se dice que Jomeini ha sido asesinado, y que los instigadores del crimen han sido sus tres amigos más fieles; otros dicen que no han sido ellos... Y ya tenemos el enfrentamiento popular en marcha. Si todo sigue adelante, se harán pedazos entre sí, y el *Sha* ganará cómodamente la partida. Lo cual, claro está, favorecería los intereses y deseos norteamericanos. Pero dígame: ¿usted cree que yo apoyaría una acción semejante?

Los inteligentes ojos de Dimitri Vichenko estaban fijos en los de la agente Baby, que, vuelta la cabeza hacia él, le miraba a su vez fijamente.

—¿Adónde quiere ir a parar? —murmuró el ruso.

—No tenemos más remedio que asesinar a Jomeini.

Simón-París y el agente que conducía el coche respingaron fuertemente.

Dimitri Vichenko, por su parte, continuó mirando fijamente a la espía más temida y admirada del mundo.

—¿Qué ganaríamos con ello? —preguntó suavemente.

—¿Está dispuesto a hacerlo?

—Estoy dispuesto a escuchar su disparatada propuesta, de momento.

—¿O quizá preferiría usted que utilizásemos al señor Jomeini de otra manera?

—¿De qué manera?

—Por ejemplo, podríamos trasladarlo a Teherán, a fin de que sus seguidores vean con sus propios ojos que sigue con vida..., con lo

que, por el momento, detendríamos ese cisma popular que podría degenerar en guerra civil. Y mientras tanto, nosotros podríamos seguir trabajando en París.

—Quizá no soy tan listo como siempre me han dicho —sonrió el ruso—, porque la verdad es que no la entiendo. ¿En qué quedamos? ¿Asesinamos a Jomeini o lo enviamos a Teherán?

—Decídalo usted mismo…

Capítulo VII

—¿Y qué decidió? —exclamo Nasir Razman, que todavía no salía de su asombro ante las explicaciones de Baby.

—¿Usted qué cree? —Le miró sonriente la divina espía.

Razman parpadeó. Tenía la impresión de que estaba soñando.

—¡Qué voy a creer…! —Casi gritó—. ¡Cualquier cosa menos que los propios rusos maten a Jomeini! ¡Eso sería descabellado!

—Lo mismo pensé yo. Naturalmente, Vichenko tenía que inclinarse por la otra solución, es decir, enviar a Jomeini a Irán para que todo el mundo pueda ver que está vivo y se termine allá esa peligrosa situación próxima a la guerra civil. Es una solución que les conviene a los rusos, ¿no le parece?

—Claro… ¿Quiere decir que ese ruso ha aceptado enviar a Jomeini a Teherán?

—Efectivamente.

Razman se llevó las manos a la cabeza.

—¡No comprendo cómo ha podido conseguir eso!

—Soy muy convincente, querido Razman, se lo aseguro —sonrió Brigitte.

—¡Eso nadie puede dudarlo! Pero… ¡Bueno, es increíble! ¿Y cómo lo harán? ¿Cómo van a enviar a Jomeini a Teherán? ¡Espero que no hayan olvidado ustedes que Jomeini es un exiliado!

—Lo hemos tenido muy en cuenta. Precisamente por eso Vichenko está estudiando detenidamente la situación. Incluso es posible que haya pedido instrucciones a Moscú. En todo caso, cuando hayan decidido algo se pondrá en contacto con Simón, y Simón me llamará por la radio para informarme de esa decisión rusa. Por cierto, me extraña que todavía no haya llamado: Vichenko sabe muy bien que no es tiempo lo que sobra. Si se produce esa guerra civil en Irán entre el propio pueblo, el Ejército del *Sha* recogerá los despojos, y el asunto habrá terminado: Irán continuará

teniendo un poder imperialista y Rusia ya no tendrá nada que hacer… ¿Me sirve un poco más de vino, por favor?

Razman asintió, y sirvió más vino en el vaso. Brigitte terminó la frugal cena, bebió otro trago de vino, encendió un cigarrillo, y miró su relojito de pulsera. Estaban los dos solos en el gran apartamento, cuya temperatura no podía ser más agradable, mientras que afuera seguía cayendo una densa y pertinaz lluvia helada.

—Y claro está —dijo de pronto Brigitte—, hay que contar también con la propia decisión de Jomeini: no creo que él desee ese cisma en su pueblo. Y sobre todo, antes que permitir que la masa destroce a sus tres amigos es de suponer que querrá aclarar la situación con ellos. Yo creo que ya podemos considerar a Jomeini camino de Teherán.

Se oyó un leve zumbido bajo la chaqueta de Razman, y éste sacó la pequeña radio que le había facilitado por la mañana la espía internacional, mientras ésta, a su vez, sacaba la suya del bolsillo del abrigo, que colgaba del respaldo de una silla, y la miraba con el ceño fruncido…

—¿Sí? —preguntaba ya Razman, con tono cauto.

—No es con usted —se oyó la voz de Simón-París—… ¿No me está oyendo, Baby?

Ésta se acercó a Razman, tomó la radio de éste, y la acercó a su boca.

—Adelante, Simón.

—¿Está usted bien?

—Claro —se desconcertó Brigitte—. ¿Por qué lo pregunta?

—Como entiendo que está esperando impaciente mi llamada y no ha contestado enseguida…

—Oh, no se preocupe, no es nada. A mi radio se le deben de haber agotado las baterías, y no funciona. Pero por fortuna tengo la otra, la que presté a Razman. Bien… ¿sabe ya algo de los rusos?

—Han aceptado.

—¡Bien! Aunque era de esperar… ¿Cuándo y cómo envían a Jomeini a Teherán?

—No van a enviarlo. Dicen que todo lo más que están dispuestos a hacer es llevar a Jomeini a la embajada iraní en París, pero bajo determinadas condiciones.

—¿Qué condiciones?

—El señor Jomeini ha sido puesto en antecedentes de que nosotros estamos en contacto con un agente iraní, el señor Razman, y eso no le ha hecho mucha gracia, francamente; está claro que al señor Jomeini no le gusta el señor Razman, es decir, lo que éste significa: un adicto al *Sha*. Por eso, impondrá sus condiciones.

—Sí, sí, sí… ¿Qué condiciones?

—Vichenko está conmigo. Me ha traído una cinta grabada por Jomeini con instrucciones y condiciones para Razman. Si éste le garantiza el cumplimiento de todas ellas, y además permite que los rusos se aseguren de que es cierto, irá a la embajada esta misma noche.

—¿Esta noche? —Exclamó Razman—. ¡Pero si casi nadie estará allí esta noche…!

—Bueno, Razman —replicó Simón—, escuche usted mismo al señor Jomeini en esta grabación, y luego díganos si todo lo que él exige puede hacerse. ¿Pongo en marcha el magnetófono?

—Adelante —murmuró Brigitte.

En la pequeña radio comenzó a sonar una voz que hizo erguirse a Nasir Razman. Brigitte frunció el ceño cuando, enseguida, se dio cuenta de que Jomeini se expresaba en persa. Un tanto molesta, se quedó mirando a Razman, que escuchaba con suma atención.

La voz dejó de oírse casi cuatro minutos más tarde…, y enseguida oyeron de nuevo la de Simón-París:

—Esto es todo. Bien, Razman, ¿qué dice usted?

—Espere un momento, Simón —pidió Baby—… ¿Qué condiciones ha impuesto Jomeini, Razman?

—Dice que quiere que yo reúna ahora mismo en la embajada a los miembros más importantes de ésta, empezando, naturalmente, por nuestro embajador. También quiere que citemos allí a periodistas de los más significados diarios de París, para que en la edición de mañana puedan publicar fotografías de él vivo y bien vivo, y sus declaraciones. Exige, además, un salvoconducto especial para él y dos agentes rusos que le acompañarán, a fin de que puedan entrar y salir libremente de la embajada, ya que no está dispuesto a permitir que, al ser la embajada territorio iraní, pudiesen detenerlo… ¡Pide demasiado!

—¿Era él? ¿Conocía usted su voz de antes?

—Sí. Era él, desde luego.

—¿Y usted cree que pide demasiado?

—En mi opinión, sí. Pero es un viejo zorro… Ha dicho también que si nosotros no aceptamos estas condiciones, que demostrarían la buena fe de los adictos al *Sha* para evitar mayores males en Irán, él irá a otra embajada cualquiera, por la mañana, y lo explicará todo.

—Es una buena jugada —sonrió Brigitte—. Bien…, ¿qué le parece que se puede hacer?

—Como partidario del *Sha* —gruñó Razman—, yo tendría que enviar al demonio a Jomeini; a fin de cuentas, lo que pase debido a este asunto en Irán, sólo favorecería al *Sha*… Pero si permitimos que ese viejo zorro acuda mañana a cualquier otra embajada a explicar lo que sucede ante un montón de diplomáticos y periodistas, tanto el *Sha* como sus adictos quedaríamos como unos grandísimos cochinos… De modo que no tenemos más remedio que aceptar las condiciones de Jomeini. Y bien mirado…, ¿por qué no? —sonrió de pronto Razman.

—¿Qué está pensando?

Razman señaló la radio, y luego hacia un rincón del salón. Brigitte entendió, dejó la radio sobre la mesita, y se fue con el iraní hacia el rincón señalado por éste.

—Estaba pensando —susurró Razman— que con todo esto, a fin de cuentas quizá yo consiga sostener una breve conversación con Jomeini sin que los rusos puedan impedirlo, en cuyo caso, es de esperar que Jomeini aproveche la ocasión para exponerme la propuesta que quiere hacerle al *Sha*… y que ha dado lugar a todo esto.

—Usted sí que es un zorro —sonrió Brigitte—… Bien, esto significa que vamos a aceptar la propuesta de Jomeini para esta misma noche, ¿no es así?

—Sí. Dígale a su compañero, y a ese ruso, que voy a empezar ahora mismo a trabajar en ese sentido, avisando en primer lugar a mi embajador. ¡Sería estupendo que por fin yo personalmente pudiese hablar con Jomeini! Y se me está ocurriendo que…

—¿Que Jomeini ha hecho todo esto precisamente para poder conversar con usted?

—¡Es un viejo zorro, de veras! —exclamó Razman.

Brigitte asintió, se acercó a la radio, y la tomó.

—¿Simón?

—Sí, sí, estamos esperando…

—Aceptado. Dígale a Vichenko que le avisaremos cuando todo esté a punto, y que por su parte puede enviar a la embajada iraní periodistas de su confianza. ¿Está bien así?

—Está bien así —se oyó la voz de Vichenko.

—Pues no hay más que hablar, colega. Hasta la vista —la espía cerró la radio, y miró a Razman—… ¿Cuánto cree que tardará usted en convocar a sus compatriotas en la embajada?

—No tengo ni idea. Todo depende de lo fácil o difícil que resulte ir localizándolos. Pero llevará su tiempo, desde luego. Y no será fácil convencer al embajador… Sobre todo si le digo que van a aparecer agentes secretos por todas partes.

—Podemos arreglar eso —le tranquilizó Baby—… Dadas las circunstancias, conviene que el ambiente esté muy tranquilo, así que voy a ordenar el repliegue de todos los hombres que están buscando a La Farge y Mumford…, momentáneamente, se entiende.

—Quizá sea conveniente, al menos durante unas horas, sí.

Brigitte llamó de nuevo por la radio.

—¿Simón?

—Sí, diga.

—¿Está Vichenko todavía con usted?

—Sí. Estábamos eligiendo entre los dos a los periodistas que convendría citar en la embajada iraní. ¿Tiene algo que decirle?

—A él y a usted: voy a pedirles a ambos, especialmente a Vichenko, pues espero que la mayoría de los nuestros ya nos están oyendo, que suspendan todas las actividades temporalmente.

—¿Por qué? —Se oyó la voz de Vichenko.

—En realidad, todos estamos buscando a La Farge y a Mumford ¿no es eso? Pues bien, yo creo que no son tan importantes como para que nos arriesguemos a causar preocupación al embajador iraní si se da cuenta de que su embajada está… digamos acorralada de espías.

—No tiene por qué darse cuenta. Ni ustedes ni nosotros somos tontos, ¿verdad?

—Vamos, Vichenko, sea razonable. Lo más malo que va a pasar es que nuestros compañeros descansen unas horas. Cuando todo haya terminado podemos reanudar la búsqueda de ese par de asesinos, y usted sabe que o los rusos o los americanos los

encontraremos. Pero en su momento. Lo primero es lo primero, ¿no?

Hubo unos segundos de silencio hasta que se oyó la voz de Dimitri Vichenko:

—De acuerdo, lo haremos así.

—Otra cosa, Vichenko… Usted sabe lo mal que me sienta que asesinen a uno de mis compañeros…

—Estoy muy bien informado de eso. ¿Y…?

—Creo que ya lo ha adivinado: agradecería mucho que cuando La Farge y Mumford sean encontrados…

—Ah, ya sé, ya sé… Quiere ejecutarlos usted, ¿no es eso?

—Me gustaría.

—Bueno, en lo que a mí respecta sólo quiero que no vuelvan a… molestar. Si los encontramos nosotros, seguramente llegaremos a un acuerdo. ¿Satisfecha?

—Gracias. Y todavía otra cosa: me gustaría tomar parte en la elección de esos periodistas.

—¡Cómo no! —Gruñó el ruso—. Lo contrario me sorprendería. ¿Siempre es tan activa?

—Si le molesta que…

—No. En el fondo me complacerá mucho ver a una chica tan encantadora.

—De nuevo gracias —rió Brigitte—. ¿Serán tan amables de pasar a recogerme en Saint Germain des Prés?

—De acuerdo.

Brigitte cerró la radio, la tendió a Razman…, pero lo pensó mejor, y movió negativamente la cabeza.

—Me la quedaré, hasta que consiga otra. Si tuviese que decirle algo utilizaría el teléfono, Razman. No puedo ir por ahí incomunicada.

—Lo comprendo. ¿Tardará mucho en volver?

—No lo sé. ¿Le parece que le llame dentro de una hora, para saber cómo van sus gestiones?

—Está bien.

—Empiece a llamar —señaló Brigitte el teléfono—. Y sea todo lo convincente posible.

—Lo seré, por la cuenta que me tiene… ¡No sabe lo que me gustaría ser yo quien, finalmente, escuchase la propuesta que

Jomeini tiene para el *Sha*!

—A propósito de eso: Vichenko dice que es una estupidez pensar en un entendimiento entre el *Sha* y Jomeini.

—Ya —asintió irónicamente Razman—… A lo mejor, ese ruso esperaba que Jomeini le pusiera al corriente de sus intenciones, que no creo que fuesen muy favorables para Rusia.

—Tiene razón —rió Brigitte—… ¡Ese Jomeini es un viejo zorro! Pero, ¿sabe una cosa, Razman?: a mí nunca me han gustado las personas que traicionan a sus amigos.

—A mí tampoco —encogió los hombros el iraní—… Pero cada cual va a lo suyo, ¿no?

—Sí… Cada cual va a lo suyo. Bien, hasta luego.

—Hasta luego. Comenzaré a buscar ahora mismo, en primer lugar al embajador.

La agente Baby asintió, y se dirigió hacia la puerta mientras Nasir Razman se dirigía hacia el teléfono.

* * *

El teléfono sonó en un momento que bien podía calificarse de inoportuno.

Los cuatro estaban desnudos en el saloncito del pequeño y agradable apartamento sito en el Boulevard de Bercy, muy cerca del Sena, casi en la esquina del Quai de Bercy.

Eran dos hombres y dos mujeres, elementos suficientes para organizar una buena diversión si no se tienen demasiadas contemplaciones con esa sensación llamada pudor. Y ciertamente, ninguno de los cuatro sabía demasiado de eso. Ellas, con toda lógica, porque eran dos rameras profesionales que se dedicaban a aceptar toda clase de invitaciones; no importaba lo que fuese: si había dinero de por medio, ellas lo aceptaban todo. Se llamaban Andrée y Josephine, y no estaban nada mal, además de que eran sumamente complacientes.

En cuanto a ellos, eran dos asesinos profesionales de considerable nivel, se llamaban Mumford y La Farge, y sería de lo más absurdo suponer que dos sujetos como ellos, carentes de piedad, se dedicasen por otra parte a cultivar el pudor.

De modo que lo habían estado pasando divinamente. A su

manera, claro. Pero no había que alarmarse, porque tanto Josephine como Andrée estaban acostumbradas a todo. Podían complacer los más extraños caprichos de sus clientes sin perder la sonrisa. Sobre todo cuando les pagaban tan espléndidamente sus servicios. En cuanto a la sorpresa inicial, ya había pasado. Ya ni se acordaban del modo en que habían sido «contratadas», a toda prisa, y llevadas a aquel apartamento, en el que llevaban casi veinticuatro horas haciendo de todo. Y en esto se incluye incluso dormir unas horas. Comían, bebían, bailaban, satisfacían los deseos sexuales de sus dos simpáticos y adinerados clientes, y ¡a vivir, que son cuatro días!

Además, era cierto que los clientes eran simpáticos. Al menos, con ellas. A veces daba gusto trabajar, porque las cosas iban sobre ruedas. Sobre todo cuando los clientes eran jóvenes, altos, fuertes, guapos y generosos…

Sí, los dos eran guapos. La Farge tenía la clásica belleza meridional: ojos oscuros, cabellos negros y ondulados, sonrisa abierta, morena la piel… Un francés mediterráneo de pura cepa. Mumford era norteamericano, y lo parecía: alto, rubio, de sonrisa insolente, sano y hermoso como un leopardo.

En el momento en que sonó el teléfono, los cuatro estaban lanzados a una común orgía que convertía sus cuatro cuerpos en un pequeño rompecabezas: por aquí se veía un seno de mujer, por allá una velluda pierna masculina, por otro lado una fina cadera femenina, por un resquicio unos órganos genitales de hombre…

Y sonó el teléfono.

Hubo un instante en que pareció que no había sido oído el timbrazo, pero casi enseguida, cuando incluso aún no había comenzado a oírse el segundo timbrazo, los verdosos ojos de Mumford aparecieron por alguna parte de aquel «puzzle» humano. Acto seguido hubo un revuelo de carnes, y el asesino norteamericano quedó en pie sobre la alfombra junto a su compañero y las dos rameras, formando todavía un embrollo de miembros.

—Yo contesto —dijo Mumford.

—¡Oh, déjalo! —exclamó una de las furcias.

—Cierra la boca —recomendó amablemente La Farge, dándole una palmada en un pecho.

Mumford llegó desnudo al teléfono.

—¿Sí? —inquirió.

—…

—Sí, bien.

—¿…?

—No se preocupe: sabemos cómo desenvolvernos en situaciones como ésta.

—…

—Le digo que no se preocupe, todo está bien. ¿Tiene algo concreto para nosotros?

—…

—Escucharé con toda mi atención, se lo aseguro.

Estuvo escuchando no menos de tres minutos, sin hacer una sola pregunta, sin moverse. Sobre la alfombra, La Farge le dirigía de cuando en cuando alguna mirada, pero sin dejar de jugar con las dos chicas, hasta el punto de que una de ellas, ya fuese por profesionalidad o por sinceridad, le mordisqueó una oreja y le susurró:

—Hazme feliz…

La Farge la miró divertido, pero no tuvo inconveniente alguno en complacerla. Se colocó sobre su blanco vientre, y la penetró con fuerte impulso, que hizo emitir un gritito a la puta parisina. La otra lanzó una exclamación, y se echó sobre La Farge, componiendo así un interesante emparedado. A poca distancia, al teléfono, Mumford escuchaba con suma atención, mirando la escena, pero como si no la viese. Era todo un profesional, y lo primero era lo primero…

—¿Y luego? —preguntó de pronto.

—…

—De acuerdo. Naturalmente, usted está seguro de todo lo que me ha dicho.

—¡…!

—Tranquilo, tranquilo. Si es así, todo saldrá bien. Lo he preguntado porque ya debe de saber lo que pasó con Reinhardt, ¿no es así? Usted nos aseguró que no habría problemas, y…

—…

—Está bien, ya sé que hemos cobrado y que nuestro trabajo tiene estos riesgos. A pesar de lo cual, nosotros siempre lo terminamos pase lo que pase. Somos caros, pero eficaces. Fue por eso que usted nos contrató, ¿no es cierto?

—…

—Se lo demostraremos. Delo todo por terminado. Y si vuelve a necesitarnos, a ese precio puede contar siempre con nosotros. ¿Algo más?

—…

—Pues adiós… O hasta la vista. ¿Quién sabe?

Colgó el auricular, y miró el emparedado que estaban haciendo su compañero y las dos chicas.

—Termina con eso —dijo—: tenemos que marcharnos.

Sin más, fue hacia el dormitorio. En el saloncito, La Farge terminó su vivencia sexual, lanzó un resoplido de satisfacción, y se desprendió de las chicas, quedando sentado en la alfombra.

—Bueno, preciosas —dijo—, la juerga ha terminado.

—¡Oh, no! —protestó Andrée.

—Lo siento, pero sí. Estábamos esperando esa llamada, y nosotros somos muy formales. Lo hemos pasado divinamente con vosotras, de modo que esperamos volver a veros. ¿Circuláis siempre por el mismo sitio?

Las dos rameras aseguraron que sí, aceptaron más que complacidas la cantidad que La Farge fue a sacar de un viejo portafolios, y se vistieron rápidamente. La Farge las acompañó a la puerta del apartamento, las despidió con unos cariñosos cachetitos, cerró, y fue a reunirse con Mumford en el dormitorio.

El norteamericano estaba ya vestido, y se colocaba en aquel momento una imponente automática en la funda axilar.

—¿Y bien? —preguntó La Farge, comenzando a vestirse rápidamente.

—Lo ha localizado. Es decir, sabe adónde irá ese Jomeini esta misma noche: parece ser que los rusos van a llevarlo a la embajada iraní.

—¿A la embajada iraní? —se sorprendió La Farge.

—Sí.

La Farge quedó pensativo unos segundos antes de murmurar:

—Es una locura que nos acerquemos por allí, Mumford.

—No hay peligro.

Sentado en una de las camas poniéndose los zapatos, La Farge movió la cabeza con gesto de duda.

—No sé… Tampoco había peligro cuando lo de Reinhardt, y ya

ves lo que pasó: se lo cargaron.

—Me ha dicho que fue un imprevisto. Pero ahora las calles están limpias, no hay problema.

—No sé, no sé —insistió La Farge—… El truco de encerrarnos aquí con dos chicas es bueno. ¿Quién va a pensar que dos tipos que están buscando por todo París se dedican a divertirse sin discreción alguna con dos putas? Gracias a eso, los que nos buscan tienen que haber pensado que no podemos ser los que buscan, en el supuesto de que hayan detectado esta situación en el apartamento. Estamos a salvo aquí. Es imprudente salir.

—No podemos pasarnos la vida encerrados aquí con dos golfas —movió la cabeza Mumford—. De modo que vamos a liquidar el asunto de una vez por todas: liquidamos a ese Jomeini, y acto seguido nos largamos bien lejos de París.

—¿Has quedado citado con él?

—¿Con el contratista? —sonrió Mumford— No. Hemos convenido que si vuelve a necesitar de nosotros, nos buscará.

—¡Nos buscará…! —bufó La Farge, comenzando a colocarse la funda axilar, que contenía también una automática—. ¡Ni siquiera sabemos quién demonios es ese sujeto!

—¿Qué más da? Nos envió una muy buena cantidad de dinero después de contratarnos por teléfono, y nosotros aceptamos seguir todas sus indicaciones. Hemos cobrado, y no podemos echarnos atrás, La Farge. En nuestra profesión hacer eso significa perder el prestigio, y como consecuencia, nadie nos contrataría en lo sucesivo. Ese tipo nos llamó porque alguien que nos había contratado anteriormente le dijo que éramos de calidad y que se podía confiar en nosotros, que siempre cumplimos. De ese prestigio vivimos. Si ahora no cumplimos un compromiso, mañana lo sabrá toda Europa y entonces, se acabó el trabajo para nosotros.

—Tienes razón —admitió de mala gana La Farge—: no tenemos más remedio que cuidar nuestro prestigio. En fin —metió el cargador con seco golpe—, no vamos a tener más remedio que ir a la embajada persa a cargarnos a ese Jomeini.

Se miraron vivamente cuando el teléfono volvió a sonar. El americano hizo un gesto, y fue hacia el teléfono.

—¿Sí?

—…

—Bien, bien, sé que es usted. ¿Qué ocurre ahora?

—…

—¿Por qué?

—…

—¡Ah, pues me parece magnífico! Aunque no debería preocuparse por ello, ya que podríamos arreglárnoslas solos…

—…

—Ya le digo que por mí está bien. De acuerdo. ¿Su enviado utilizará la misma contraseña que estamos utilizando desde que nos contrató?

—…

—De acuerdo. Entonces, hasta luego —colgó, y se volvió a mirar sonriente a La Farge, que le había seguido—… Parece que quiere hacer las cosas bien: dice que cuando terminemos con Jomeini volvamos aquí, para…

—¿Está loco? —exclamó La Farge.

—No, hombre. Sucede que tiene un medio seguro para sacarnos de París, y no quiere que nosotros corramos riesgos.

—Es un tipo muy cariñoso, ¿no? —mascculló La Farge.

—Nada de eso. Lo que pasa es que quiere estar seguro de que no van a cazarnos. Y como en cuanto matemos a Jomeini las cosas se van a poner al rojo vivo en París y sus alrededores, no quiere correr riesgos de que nos atrapen y expliquemos lo que sabemos del asunto, así que él nos sacará de aquí. Bueno, eso es lo que ha dicho.

Se quedaron mirándose, Mumford sonriendo secamente, La Farge con expresión hosca, hasta que, de pronto, exclamó:

—¡Maldito cerdo…! Lo que quiere es que hagamos el trabajo y que luego vengamos aquí como dos borregos al matadero: ha planeado eliminarnos a nosotros, eso es todo.

—Eso mismo pienso yo —amplió su sonrisa Mumford.

—¡Pues le va a hacer el trabajo su puta madre, porque…!

—Tranquilízate. Le haremos el trabajo, y luego vendremos aquí, tal como él ha ordenado. Según parece, nuestro invisible amigo cree que está tratando con idiotas, ¿verdad? Pues le haremos comprender que no es así, ni mucho menos. Y cuando vaya a darse cuenta, estará en nuestras manos… ¿Qué cantidad te gustaría exigirle a ese cerdo que juega sucio?

La Farge comenzó a sonreír. Y su sonrisa se fue hinchando hasta

que terminó en una carcajada.

—¡Tienes razón! —rió—. ¡Le vamos a enseñar a ese cretino a jugar sucio con gente como nosotros!

—Eso haremos —rió también Mumford—. Pero antes, para que se crea que de verdad somos idiotas, vamos a cargarnos a ese Jomeini… Además, es un trabajo que ya tenemos cobrado, ¿no? ¡Que no se diga que somos nosotros los que dejamos de cumplir un compromiso!

Y riendo, se dirigieron los dos hacia la puerta.

Capítulo VIII

Tras la puerta de la embajada iraní, la agente Baby esperaba, en silencio, mirando de cuando en cuando hacia el embajador, que mucho más nervioso que ella, se acercaba de cuando en cuando a la ventana del vestíbulo para echar un vistazo a la calle. Junto a Brigitte, Nasir Razman permanecía también en silencio. Y asimismo en silencio permanecían los ocho periodistas parisinos seleccionados para ofrecer al día siguiente la noticia de que Jomeini continuaba con vida, acompañada de las declaraciones del líder religioso de Irán.

Se habían establecido unas condiciones, y los periodistas las habían aceptado, desplazándose a la embajada iraní discretamente, y comportándose en ésta como se había exigido: en silencio e inmóviles. Las luces de la embajada estaban apagadas, de modo que sólo podían verse unos a otros gracias a la luz que llegaba desde la calle, donde llovía con una densidad increíble, con una frialdad estremecedora. Unos cuantos empleados de la embajada ocupaban una zona tan callados que parecía que ni siquiera existiesen. Se había hecho un trato, y todo el mundo lo estaba respetando, eso era todo. El agente ruso que había estado allí esperando la llegada de todos, así como la certeza de que se respetaban todas las condiciones, se había marchado ya, para informar a Dimitri Vichenko de que todo estaba bien. Hacía de eso casi una hora. Eran las doce y dieciocho minutos de la noche.

La agente Baby echó una mirada a su relojito de brillantes, de diminuta esfera luminosa.

—Están tardando mucho —susurró Razman, que captó su movimiento.

—Ya vendrán —murmuró ella—: Vichenko vendrá, lo sé.

Dos minutos más tarde, apareció el coche. Podía ser uno más de los pocos que circulaban por París, pero no era así. El embajador

iraní murmuró algo, y Razman presionó en un brazo a Brigitte.

—Parece que son ellos —susurró.

Solamente él y Brigitte se movieron, acercándose a la ventana tras la cual esperaba impaciente el embajador. Se colocaron junto a él, y vieron el coche. Circulaba lentamente, como si el conductor temiera derrapar en la mojada calzada. Siempre lentamente, llegó ante el edificio, se detuvo… Un hombre cubierto con holgado impermeable de plástico se apeó por la portezuela del conductor, abriendo un gran paraguas. Rodeó el coche, se colocó ante la portezuela delantera derecha, y la abrió. Apareció otro hombre parecido a él, que se volvió hacia el interior del coche. De éste salió otro hombre más, de estatura menos llamativa, de aspecto más vulgar…, excepto por las barbas, que se vieron un instante a la luz del alumbrado público.

Brigitte volvió la cabeza hacia Razman y el embajador.

—¿Es él? —inquirió—. ¿Es Jomeini?

El embajador refunfuñó algo. Razman musitó:

—Sí, es él.

La portezuela del coche fue cerrada. El hombre de las barbas había quedado entre los otros dos, y los tres caminaban hacia la embajada.

Uno de los rusos volvió la cabeza hacia su derecha, de pronto, y Brigitte, el embajador y Razman vieron su gesto de sobresalto. La espía miró hacia donde había mirado el ruso, y vio aparecer el coche, reluciente bajo la lluvia, lanzado a toda velocidad. El embajador emitió un grito, y Razman se irguió vivamente… Los periodistas no pudieron contenerse más, y se abalanzaron hacia la amplia ventana…

Justo en el momento en que se apelotonaban todos allí, el ruso que había vuelto la cabeza sacaba su pistola, y disparaba contra el coche recién aparecido… No se oyó nada; sólo se vio un brevísimo fogonazo… El otro ruso estaba empujando a Jomeini, como queriendo derribarlo, lo que consiguió al segundo intento, volviéndose acto seguido hacia el coche, sacando su pistola…

Pero del otro coche estaban brotando también pequeños fogonazos, en rápida sucesión… El ruso que había disparado antes alzó bruscamente los brazos, y saltó hacia atrás mientras su pistola salía lanzada hacia arriba. Mientras él caía de espaldas, su

compañero giraba sobre sí mismo, caía de rodillas, rodaba por el suelo brevemente, y enseguida comenzaba a gatear hacia su coche, buscando protección allí.

Hizo bien, porque el coche agresor se detuvo resbalando sobre la lluvia, y más fogonazos brotaron desde una de las ventanillas de atrás, lo que obligó al ruso a encogerse, a permanecer inmóvil…

Jomeini debió hacer lo mismo, pero, en lugar de eso, se había puesto en pie, y corría hacia el ruso caído de espaldas bajo la lluvia…

No.

No debió hacerlo…

Vieron cómo su cuerpo parecía sacudido por una fuerza violenta mientras sus pasos adquirían una rápida torpeza, que lo llevó a caer de rodillas y finalmente de bruces.

—Dios mío —gimió la espía americana—… ¡No se muevan de aquí!

En el momento en que ella salía disparada de la embajada, el coche agresor, deslizándose primero de lado sobre el agua que convertía la calzada en un espejo, y enderezando enseguida su marcha, salía disparado a toda velocidad. Dentro de la embajada hubo un movimiento humano hacia la puerta, pero Nasir Razman se apresuró a colocarse ante la misma.

—¡Quietos todos! ¡Nadie debe salir ahora!

Algunos de los periodistas que se habían quedado mirando hacia el exterior, y que vieron desaparecer rápidamente el coche agresor, presenciaron la salida a la calle de la bellísima muchacha rubia, que corrió en primer lugar hacia Jomeini, cuya inmovilidad era absoluta. En cambio, el ruso que había caído de espaldas, comenzaba a moverse. El otro se había puesto en pie tras el coche, y después de apuntar hacia el coche agresor pero sin molestarse en disparar, se acercó a toda prisa a su compañero, ayudándole a erguirse…

—Han matado a Jomeini —dijo uno de los periodistas.

Nasir Razman se acercó a la ventana. Cuando él miró, Baby estaba ayudando al ruso herido en una pierna a meter en el coche a su compañero, evidentemente más malherido que él. Luego, la rubia y el ruso corrieron hacia Jomeini, junto al que se arrodillaron, cambiando una brevísima conversación. La rubia hizo un gesto

tajante, y señaló hacia el coche, inclinándose luego para asir a Jomeini por los tobillos. El ruso lo agarró por las axilas, lo llevaron al coche, y lo metieron en el asiento de atrás. Acto seguido, el ruso se encaró con la rubia, y a nadie escapó la acritud de aquel enfrentamiento… La lluvia seguía cayendo, reluciente, reflejando las luces de París…

El ruso hizo un gesto muy brusco, apartó a la rubia, y, cojeando, fue a colocarse al volante del coche, que partió de allí a mucha más velocidad de la que había llegado.

—Quizá lo lleven a un hospital, o una clínica —musitó Razman.

Nadie contestó. Todos corrieron hacia la salida de la embajada, dispuestos a enfrentarse a la muchacha rubia, pero ésta no les dio tiempo ni a salir a la calle. Entró salpicando agua a todos lados, chorreante su rubia cabellera, su bello rostro… Alzó las manos cuando las preguntas comenzaron a torpedearla, pidiendo silencio.

—Por favor… ¡Por favor, señores, por favor!

—¿Está muerto? ¿Malherido? ¿Ha podido decir algo…? Ella contestó a todas las preguntas con una sola frase:

—Lo han matado. ¡Razman, venga conmigo!

Nasir Razman se apresuró a reunirse con Baby, que lo asió de una mano y tiró de él de nuevo hacia el exterior.

—¿Adónde vamos? —exclamó Razman.

Ella no contestó. Tiraba con fuerza de su mano, mientras con la otra sujetaba su maletín. Imprimió tal velocidad a su marcha que Razman no tuvo aliento para seguir haciendo preguntas; tuvo que limitarse a sostener la misma carrera que Baby, alejándose de la embajada… Un minuto más tarde llegaban junto a un coche que Razman no conocía, y la rubia tiró de la portezuela derecha, señalando la otra al «especialista» iraní.

—¡Conduzca usted! ¡Y no me pregunte adónde vamos, sólo conduzca lo más lejos posible de aquí!

—¡Pero…!

—¡No podemos quedarnos! ¡Dentro de unos minutos esto estará lleno de rusos, y ni usted ni yo les somos precisamente simpáticos ahora! ¡Deprisa!

Nasir Razman comprendió que, por el momento, era lo mejor que podían hacer. Por comprensivos, tolerantes o crédulos que pudiesen ser los rusos, no tendrían más remedio que pensar que

todo podía perfectamente haber sido una gran jugada de la CIA para, por fin, eliminar a Jomeini. La cuestión se prestaba a muchas discusiones, desde luego, pero… más adelante, cuando los ánimos se hubiesen calmado. La decisión de Baby, por lo tanto, no podía ser más acertada.

Así que Razman tomó de manos de Baby las llaves del coche, dio el encendido, y partió. Brigitte había abierto su maletín, y estaba apretando el botoncito de llamada de la pequeña radio.

—¿Simón? ¡Simón!

—¡Sí! —Sonó sobresaltada la voz de Simón-París—. ¿Qué ocurre?

—¡Han matado a Jomeini delante de nuestras narices! ¡Atención todos los agentes de la CIA que me estén escuchando, atención todos a mi orden: desaparezcan de modo total de la circulación hasta nuevo aviso! Repito: ocúltense todos, eviten el menor contacto de cualquier clase con los rusos. ¿Está entendido?

—Pero si dejamos París sin…

—¡Simón, he dado una *orden*!

—Okay: eclipse total. ¿Y usted?

—Le llamaré más tarde, cuando haya decidido algo. Mientras tanto, desaparezcan todos. ¡Y no se le ocurra buscarme por el apartamento de nuestro amigo de París!

—De acuerdo. Esperamos sus siguientes instrucciones.

—Eso es. Hasta luego.

Brigitte cerró la radio, y la dejó sobre la tapa del maletín. Relucientes chorritos de fría lluvia se deslizaban por su rostro desde la empapada peluca rubia, que se quitó de pronto y tiró con gesto furioso al asiento de atrás. Razman la miró, y su boca se abrió en un gesto de pasmo al ver la negra cabellera que apareció cuando la espía americana retiró el apretado casquete de nylon que la había estado sujetando.

—Vaya —farfulló—… ¡Esto no lo esperaba!

—Olvídese de estas tonterías, Razman… ¿Qué me dice ahora?

—¿Sobre qué?

—¡Sobre qué…! —Casi gritó Brigitte—. ¡Le dije desde el primer momento que la traición estaba entre ustedes, no en la CIA, se lo dije! ¡Alguno de los empleados de la embajada ha avisado a esos asesinos respecto a…!

—Un momento, un momento —gruñó Razman—… Precisamente ahora es cuando las cosas han cambiado, ¿sabe? Hubo un momento en que solamente Carnap y nosotros sabíamos del asunto, pero ahora lo sabe todo el personal de la CIA en París, ¿de acuerdo? Cuando usted lo fue organizando todo, los hombres de la CIA se enteraron: todos tienen radio, todos pudieron escucharla, todos sabían lo que íbamos a hacer… ¿Por qué nos acusa sólo a nosotros? ¿Es que en la CIA no puede haber traidores, maldita sea mi estampa?

No recibió respuesta, y miró irritado a Baby. Por su expresión, como alucinada, comprendió que acababa de asestarle un golpe terrible.

—Lo siento —murmuró—… Pero no tenemos por qué ocultarnos el uno al otro lo que pensamos, ¿no le parece?

La agente Baby suspiró profundamente, y señaló hacia delante.

—Pare en cualquier sitio. Tengo que pensar…, tenemos que serenarnos.

—Creo que es lo mejor —asintió Razman.

Detuvo el coche en el primer hueco libre que encontró junto a una acera. No tenía la menor idea de dónde se hallaba. Alrededor sólo veía la lluvia reluciente, y, de cuando en cuando, las luces de algún vehículo. Encendió dos cigarrillos, y ofreció uno a Baby, que lo tomó y lo agradeció con un gesto. El coche parecía un gigantesco tambor repiqueteando bajo la lluvia. Y durante casi tres minutos, eso fue todo lo que se oyó en su interior.

—Bien —murmuró de pronto Brigitte—, algo tendremos que hacer, pero lo primero es ponernos a salvo. Los rusos se van a lanzar en nuestra busca dentro de muy poco, y no quiero enfrentarme a ellos hasta que haya conseguido comunicarme con Vichenko para intentar un nuevo… entendimiento.

—No será fácil, esta vez.

—No. Pero hay que intentarlo. Vamos a ver… No podemos ir al apartamento de Boulevard Raspail, no podemos ir a su hotel, no podemos presentarnos sin más en cualquier otro hotel… Pero esto no importa. Lo que importa es conseguir que Vichenko quiera escucharnos…

—Si quiere que le diga la verdad, a mí no me haría ninguna gracia colocarme ahora frente a ese ruso.

—Sí, lo comprendo… Pero yo tengo que dar la cara, tengo que afrontar la situación. ¡No puedo permitir que los rusos piensen que he sido capaz de una cochinada semejante…!

—Es mucho riesgo acercarse ahora a los rusos. Y si va a preguntarme si eso me causa miedo, le diré que bastante, sinceramente. Preferiría no tener que hacerlo.

—Le comprendo, le comprendo, Razman. Bueno, no es necesario que nos arriesguemos todos. Veamos… Yo puedo llamar a Simón, para pedirle que me recoja ahora mismo en cualquier lugar, y usted puede quedarse en el coche… No vaya a ningún hotel. Puede estacionarse en cualquier lugar conveniente, y dormir unas horas, si quiere. O puede estar circulando, aunque no sé si esto sería prudente… Le voy a dejar de nuevo la radio, para poder comunicarnos si es necesario; espero que Simón conseguirá una para mí… Usted limítese a no dar señales de vida, y Simón y yo buscaremos a Vichenko e intentaremos arreglar las cosas. Cuando lo haya conseguido, le avisaré por la radio. ¿De acuerdo?

—Me parece bien —asintió el iraní.

—Pues voy a llamar a Simón.

Diez minutos más tardé, la agente Baby pasaba a otro coche, que no era el Mercedes, desde luego. Todavía, antes de separarse de Razman, le puso una mano en el brazo.

—Tenga cuidado… Los rusos no tardarán mucho en ponerse en movimiento, Razman.

—No se preocupe por mí: no tengo la menor intención de ofrecerme como blanco. Pero le diré una cosa —se tocó la axila izquierda con la mano derecha—: si intentan matarme, habrá jaleo.

—Escuche, no quiero enfrentamientos, no quiero que…

—Yo tampoco quiero enfrentamientos —masculló Razman—, pero no voy a dejarme matar, ¿verdad?

—Claro que no —Brigitte palmeó afectuosamente el brazo del iraní—. Tenga mucho cuidado, por favor.

Salió del coche, y pasó al que esperaba junto al que ahora se convertía en vivienda de Nasir Razman. Éste vio a la espía americana entrar en el otro coche, y enseguida, cómo éste se alejaba, perdiéndose pronto entre la lluvia.

Fue entonces, sólo entonces, cuando Nasir Razman sonrió burlonamente, y, por fin, soltó una carcajada.

Ahora, sólo le quedaba eliminar a dos tontos. Asesinos, pero tontos.

Capítulo IX

Sí, tontos.

Tan tontos como la mismísima agente Baby. Claro que la jugada había sido demasiado buena incluso para ella, para la todopoderosa, invencible agente Baby.

Sonriendo, Nasir Razman comenzó a conducir hacia su punto de destino: el apartamento donde seguramente ya le estaban esperando La Farge y Mumford. Desde luego, el plan había sido formidable, digno de una mente excepcional como la suya… Al principio, el general Amir Missad, gran amigo personal del *Sha*, lo había rechazado, pero él había insistido, se lo había explicado una y otra vez. ¿Cómo podía fallar un plan que era perfecto en todos sus detalles?

Lo primero que había que hacer era seleccionar a un agente de la CIA que viajase entre París y Teherán; el elegido fue Winslow Carnap. Luego, había que elegir a tres importantes personajes adictos al *Sha*, para que todo tuviese verosimilitud, para que nadie pudiese dudar cuando las cosas se fuesen descubriendo. Una vez seleccionados los cuatro personajes de la primera parte del drama, se procede a la puesta en marcha del plan, del dramático plan; a los tres adictos al *Sha* se les dice que, secretamente, deben reunirse en París con un agente de la CIA que tiene una oferta de Jomeini favorable al *Sha*, y que ellos han sido elegidos para entrevistarse con Jomeini. La perspectiva de que Jomeini pudiese ponerse de parte del *Sha* y de su sistema imperialista, había cegado a sus amigos: ¡sería un triunfo magnífico! Así que parten hacia París, donde ya hay instrucciones del general Missad para que sea alquilado un chalé en un lugar discreto…

De esto se encarga el diplomático destinado en París Sema Debah, que, como los enviados del general, están ya condenados a muerte. Pero primero, los enviados: Ciro Almanin, Jerjes Ed-Din y

Alí Mossdegh. Éstos llegan al chalé, y esperan. Mientras tanto, los tres asesinos contratados telefónicamente días atrás por el propio Razman, desplazado a París con este objeto, han capturado al diplomático-espía americano Winslow Carnap, cuya vida rutinaria en París era sencilla y más bien anodina. Así que, ya capturado Carnap, lo llevan al chalé, y allá lo asesinan al mismo tiempo que a Mossdegh, EdDin y Almanin. Luego, llega él, «para pedirle cuentas a la CIA». ¿Cómo pueden rebatir sus argumentos, si los únicos que podrían hablar en su contra están muertos, los cuatro? Así pues, la CIA tiene que creer que Carnap jugaba por su cuenta, sobre todo cuando ven con sus propios ojos que el *Sha* ha perdido a tres de sus mejores y más adictos amigos. Por lo tanto, la CIA tiene que creer que Jomeini quería una entrevista con el *Sha* o importantes representantes de éste, y que Carnap, a cambio de una buena suma, ha sido contratado como intermediario. Pero…

Pero…

Pero resulta que alguien allegado al general Missad, «ha conseguido obtener información», y la traspasa a los tres amigos de Jomeini en Teherán, los *ayatollah* Madari, Golepayegani y Najfi; los cuales, al enterarse de que Jomeini está intentando negociar privadamente con el *Sha*, montan en cólera…, y organizan el asesinato de Jomeini y de los que con él han negociado. Así pues, los asesinatos del chalé de Montreuil se les atribuye a los tres amigos de Jomeini, que lo han dirigido todo desde Teherán y han contratado asesinos especiales. Esto no es cierto, desde luego, puesto que a los tres amigos de Jomeini, pese a que alguien ha cuidado muy bien de que les llegue la información de que el líder religioso está dispuesto a tratar con el *Sha*, no se les ocurre la idea de matarlo, ni mucho menos. Pero la gente de Razman, trabajando en la sombra en Teherán, hace circular la noticia de que los tres amigos de Jomeini se han enterado de la traición de éste, y que han decidido cortar por lo sano. Y cortar por lo sano consiste en asesinar a los enviados del *Sha* para que no puedan negociar con Jomeini…, y asesinan también a Jomeini para que no vuelva a traicionarlos.

Así pues, el plan convierte a los tres *ayatollah* en instigadores de los asesinatos del chalé de Montreuil y, finalmente, del propio Jomeini. Y ya está organizado el gran enfrentamiento entre el populacho, unos amigos de Jomeini, otros amigos de los tres

religiosos que le han asesinado.

Y mientras el pueblo se despedaza, y lapidan a los tres religiosos que tanta molestia están ocasionando al *Sha*, Jomeini muere también, asesinado en París. Asunto terminado. Enemigos desarticulados o muertos. ¿Y a cambio de qué? Pues, sólo de las vidas de tres amigos del *Sha*, sacrificados; de un agente de la CIA que murió sin tener ni idea de lo que estaba sucediendo; de un líder religioso que estaba fastidiando mucho al sistema imperialista iraní; y de un empleado de la embajada iraní, Semar Debah, asesinado para dar verosimilitud a su intervención directa como traidor en el asunto, y, sobre todo, para que tuviese visos de credibilidad el intento de asesinato del propio Nasir Razman cerca de su hotel… Intento de asesinato que era falso, ya que Reinhardt sólo tenía que disparar unos cuantos tiros hacia Razman, pero sin acertarle, sólo para dejar constancia de que él, como Debah, estaba dentro del campo de acción de los traidores y asesinos… con lo que cualquier sospecha que se pudiera haber elaborado contra él desaparecería inmediatamente.

Lástima que Reinhardt había muerto, debido al pequeño contratiempo de la presencia de Baby, pero esto sólo preocupó a Razman en el sentido de que disminuían sus efectivos de personal para asesinar a Jomeini; por lo demás, los tres estaban condenados a muerte de antemano, así que, al matar Baby a Reinhardt, le había ahorrado trabajo a él, simplemente. Ningún problema, puesto que Mumford y La Farge sólo habían conseguido matar a Jomeini…

Y ahora, iban a morir ellos.

Asunto terminado. Luego, Razman sólo tenía que volver a Teherán, a ver cómo el populacho se enfrentaba entre sí…, y a recibí las felicitaciones del general Amir Missad, quien, por supuesto, sabría recompensarle con algo más que con felicitaciones.

¡Perfecto! Y desde luego, el *Sha* sin enterarse de nada, pero firme en su trono, permitiendo así que todo continuase en Irán como siempre para los mismos de siempre, que se repartían el poder y la felicidad física. Bueno, quizás él, Nasir Razman, le dijese algún día al *Sha* Rehza Pahlevi: «¿Sabe, Majestad?: ¡usted sigue en su trono porque yo ideé la mayor jugada de espionaje, subversión, asesinatos y traición de la Historia! ¡Me debe el trono, Su Majestad!». Sí, quizás algún día se lo diría al *Sha*…

Ya había detenido el coche.

Miró hacia la entrada al edificio donde estaba el apartamento de La Farge y Mumford al que les había estado llamando para ir dándoles instrucciones. Instrucciones que, si habían sido seguidas completamente también en aquella última parte, los habría impulsado a regresar al apartamento después del reciente asesinato de Jomeini ante la embajada iraní… Lástima tener que matarlos, porque sabían trabajar bien. Lástima, pero… era necesario, porque si ellos hablaban algún día, el mundo sabría que los tres amigos religiosos de Jomeini no habían tenido nada que ver con los asesinatos de éste, ni de los enviados del *Sha*, ni del agente de la CIA, ni de…

Había que matarlos. Así que Razman salió del coche, entró en el edificio, y subió rápidamente al segundo piso. Se detuvo ante la puerta del apartamento, y escuchó. Oyó música… En verdad gracioso. Iba a pulsar el timbre cuando se dio cuenta de que la puerta estaba sólo ajustada, no cerrada. Lógico, puesto que lo estaban esperando.

Empujó la puerta, entró en el apartamento, y, guiado por la música, fue directo al saloncito.

Allá, sentado cada uno en un sillón, estaban La Farge, el bello francés, y Mumford, el atlético norteamericano. Muy cómodamente sentados, con la cabeza descansando sobre el pecho, como adormilados por la música que brotaba de un pequeño aparato de radio. No alzaron la cabeza al entrar él. No hicieron nada.

Nasir Razman no se movió ni un milímetro más. Quedó con los pies como clavados al suelo, mirando de uno a otro asesino. Pronto distinguió la manchita de sangre en el pecho de Mumford, bajo la barbilla, que casi la ocultaba. Luego, vio los dos pequeños impactos también sobre el corazón de La Farge.

Durante unos segundos, el cerebro de Nasir Razman se negó a funcionar. Sus ojos seguían mirando los cadáveres de los dos asesinos pero su cerebro no admitía la imagen, ni lo que significaba… Hasta que, de pronto, un fuerte estremecimiento sacudió a Razman de pies a cabeza…, y su cerebro volvió a funcionar normalmente.

Su privilegiado cerebro de espía, saboteador, asesino, traidor, «especialista» en todo lo malo, perverso y canallesco… Y a medida

que su cerebro recuperaba sus plenas funciones, las ideas parecían ir explotando en él, unas tras otras, velocísimamente.

Se acercó lentamente a Mumford y La Farge, y los tocó, uno tras otro. Estaban fríos. Demasiado fríos para haber muerto hacía sólo unos pocos minutos, como tenía que ser si habían asesinado a Jomeini y luego regresado al apartamento. Estaban tan fríos que Razman tuvo que comprender que habían muerto incluso antes que Jomeini.

Pero entonces… ¿quién había asesinado a Jomeini?

Y de pronto, la nueva idea descargó como un rayo sobre su cabeza: ¿y si Jomeini no había muerto?

Súbitamente, Razman se sintió aterrorizado. ¿Era posible que alguien hubiese adivinado su grandiosa jugada? ¿Quién? Y sobre todo: ¿cómo? ¿Había cometido algún fallo? ¿Cuál fallo? ¿Cuáles?

La música seguía sonando, pero Nasir Razman no la oía. Sólo «oía» sus propios pensamientos. Bien, sí…, quizás había algún pequeño fallo en su plan, alguna pequeña fisura… Por ejemplo, había dicho que tenía miedo de volver al chalé de Montreuil, y sin embargo, cuando había encontrado los cadáveres, se quedó allí esperando a los de la CIA. Bah, un pequeño fallo insignificante. Luego, había otro, pero éste era todavía más remoto, menos creíble: que la CIA, o alguien de la CIA, estuviese convencido de que era absolutamente imposible que un agente de poca monta como Carnap afrontase un asunto como aquél por su cuenta sin comunicárselo a Simón-París.

Y había otro, quizás… ¿Cómo se habían enterado inicialmente en Teherán de lo sucedido en el chalé de Montreuil, si tanto la CIA como los iraníes habían decidido silenciarlo? Sólo él podía haber facilitado *por adelantado* la noticia a sus colaboradores de allá…

Pequeños fallos sin importancia: ninguna mente podía basarse en ellos para obtener conclusiones.

Pero… ¿qué significaba la muerte de La Farge y Mumford? ¿Quién y cuándo los había matado? Porque él había llamado antes de ir a reunirse con Baby en la embajada, y estaba seguro de que estaban vivos… Los habían matado *después* de que él los llamó, claro. Es decir, inmediatamente después.

Se imaginó la escena… Él los llama, les da las últimas instrucciones, y La Farge y Mumford se disponen a seguirlas. Cogen

sus armas, van hacia la puerta…, y al abrirla, los están esperando allí. Sí, porque de otro modo, si los hubiesen matado en la calle, sus ropas estarían mojadas. De modo que los matan allí mismo, los sientan en los sillones…, y se van. Quienquiera que hubiese matado a los dos asesinos, los deja allí y se va.

¿Adónde? ¿Dónde estaba en aquel momento?

La pregunta, las preguntas, fueron obteniendo respuesta en la mente de Nasir Razman muy lentamente, y le parecieron como fríos contactos en su cerebro: quien había matado a Mumford y La Farge había «montado» luego el asesinato de Jomeini, utilizando amigos suyos. Sí… Tanto los dos rusos que llegaron en el primer coche, como los hombres que les dispararon desde el segundo coche, habían estado haciendo una formidable comedia. En cuanto a Jomeini…, seguro que ni siquiera era Jomeini, el auténtico Jomeini, el sujeto de las barbas… Todo mentira. Todo mentira, sólo para que él, después de convencerse de que el auténtico Jomeini había muerto, fuese a liquidar a los asesinos.

Por eso los habían dejado allí, por eso a él lo habían dejado solo con un coche: si él tenía algo que ver con aquello, iría a matar a La Farge y Mumford. Habían previsto todos sus movimientos, todo. No habían dejado ni un cabo suelto… Como si de una película se tratara, las escenas bajo la lluvia fueron desfilando por la aterrada mente de Razman: Baby discutiendo con el ruso, ayudando al otro ruso, metiendo en el coche el «cadáver» de Jomeini, que nadie, salvo Baby y los dos hombres del primer coche habían visto…

Pero… ¿esto era posible?

Era todo tan maquiavélico, tan… perverso, tan absolutamente espantoso, que Razman se negaba a admitirlo. No. No era posible que nadie hubiese podido preparar algo así basándose en pequeños fallos, en suposiciones, en diminutas desconfianzas.

No era posible. Él era un fantasioso, eso era todo. Tenía una mente tan retorcida, tan sutil, tan diabólica, que todo se lo estaba inventando él, simplemente. No podía haber nadie en el mundo que fuese capaz de preparar todo aquello.

Nadie.

Nadie en el mundo.

Pero… ya no podía perder más tiempo allí, tenía que marcharse, porque si de algún modo aquello era una trampa para alguien, no

sería él quien cayese en ella.

Y pensando esto, Nasir Razman se volvió, dispuesto a marcharse a toda prisa de allí.

Entonces vio, en el umbral de la puerta del saloncito, a la hermosa muchacha de largos cabellos negros suavemente ondulados, de grandiosos y bellísimos ojos verdes que… No, ahora no eran verdes: eran azules. Dos trozos de hielo azul fijos en él. Tan fijos como la diminuta boca de la pistolita que le apuntaba a la cabeza, firmemente instalada en la mano derecha de la muchacha, cuyo brazo extendido parecía un soporte de acero.

—No —jadeó Razman—… No, no, espere… No ha sido cosa mía, ha sido… ha sido cosa del… del general Missad… ¡Él ha sido el que lo planeó todo!

Plof, chascó la pequeña pistolita.

Luego, continuó extendiéndose por el macabro ambiente la música del aparato de radio.

Este es el final

—Pero ¡lo que usted ha hecho es diabólico! —exclamó *Monsieur* Nez. Brigitte Montfort, ya preparada su maleta para abandonar el apartamento de Boulevard Raspail, miró con ingenuo desconcierto a su alrededor, y luego a su viejo amigo de espionaje que le había prestado el apartamento, ayuda e información, y que ahora había acudido a despedirla.

—¿Diabólico, *Monsieur*? —preguntó por fin—. ¿Cree que dejo su apartamento en malas condiciones?

—¡Pero qué apartamento ni qué…! Me refiero a lo otro.

—¿Le parece mal que ejecutase a Razman, *Monsieur*?

—¡Claro que no! Pero eso… eso otro… ¡Es diabólico! Ha informado usted a todos los servicios secretos del asunto, les ha prevenido contra las maniobras del general Amir Missad a espaldas del *Sha*, lo ha puesto en evidencia ante el mundo entero… ¡Ese hombre no va a tener más remedio que pegarse un tiro!

La sonrisa de Brigitte *Baby* Montfort se congeló durante un instante.

—¿Qué importa un tiro más o un tiro menos en este asunto? El señor Jomeini está a salvo, mi comedia dio el fruto apetecido, y es lógico que cada cual cargue con las consecuencias de sus fallos. Por otra parte, *Monsieur*, le aseguro que la vida del general Missad no vale más que las de las personas que fueron asesinadas siguiendo un plan que él cuando menos apoyó. Y por supuesto, la vida de ese general no vale lo que valía la de Carnap. Sí, espero que se pegue un tiro. Será mejor para él, porque de otro modo, o los rusos, o yo misma, o cualquier ciudadano de su propio país, lo asesinará.

—Lo ha dejado usted… como un pavo listo para el sacrificio…

—En efecto. Y ya que hablamos de pavos, *Monsieur*: ¿comerá usted pavo el día de Navidad?

—Pues no sé… Quizá sí. Seguramente.

—¿Cuántos pavos? ¿Cien?

—¿Cien pavos? —exclamó *Monsieur* Nez—. ¡Qué barbaridad, claro que no! ¡Con uno habrá suficiente!

—¿De veras? Entonces, *Monsieur*, hablemos del dinero que se gastaría usted si tuviese que comprar cien pavos. Lo que quiero decir es que, puesto que se ahorra el importe de noventa y nueve pavos…

FIN